



SUBASTADA

Autora de Best Seller en USA

MIA FORD

SUBASTADA

Autora de Best Seller en USA

MIA FORD



1º Edición Abril 2021

©Mia Ford

SUBASTADA

Título original: Auctioned

©2021 EDITORIAL GRUPO ROMANCE

©Editora: Teresa Cabañas

tcgromance@gmail.com

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, algunos lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con personas, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, así como su alquiler o préstamo público.

Gracias por comprar este ebook.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Katrina Donovan

Nunca pensé que cuatro palabritas pudieran tener tanto impacto en mi vida. Si me hubieras dicho ayer, o incluso esta mañana, que los planes que había trazado tan cuidadosamente para mi futuro desaparecerían al girar una tarjeta, habría dicho que estabas loco. Por otra parte, yo era la hija de Tommy Donovan, y Tommy Donovan posiblemente tuvo la peor suerte de cualquier jugador al este del Mississippi.

Vivíamos en un pequeño apartamento, encima de un bar de mala muerte, desde que mi madre murió de cáncer hacía diez años y él apostó todo lo que teníamos. Recuerdo que un día llegué de la escuela y encontré un camión de mudanzas alquilado, frente a nuestra bonita casa de los suburbios. Mi padre cargó nuestras pertenencias en la parte trasera a un ritmo acelerado, como si tuviéramos que irnos lo más rápido posible porque algo maligno se dirigiera hacia nosotros.

Me quedé allí, con mi pequeño uniforme escolar y los libros aferrados a mi pecho, preguntándome qué pasaba. Me dijo que me subiera al camión y me quedara callada. Hasta el día de hoy, no sé qué pasó exactamente o por qué tuvimos que irnos tan rápido, aparte de que había perdido nuestra casa y la mayoría de nuestras posesiones jugando a las cartas. Pensé que ya habían terminado sus días de juego porque no teníamos nada más que perder. Supongo que me equivoqué.

—Me van a matar —dijo mi padre en voz baja, como si estuviera hablando consigo mismo, o con alguien que no fuera yo.

Miré hacia arriba, desde el otro lado de la mesa de naipes plegable que habíamos encajado en un rincón de nuestra cocina, y fruncí el ceño. Por un momento, pensé que había imaginado su voz porque estaba sumida en mis propios pensamientos. Ya casi no hablábamos, ni siquiera el domingo, el único día que nos sentábamos a comer juntos. A mi madre le encantaban las cenas familiares de los domingos y no permitía que nada interfiriera en ellas, incluso los malos hábitos o adicciones de mi padre.

—No pido mucho, Tommy Ray Donovan —solía decir ella, aunque no podía recordar el sonido de su voz. Era irlandesa y tenía un encantador acento que esperaba heredar algún día—. No tienes que ir a la iglesia, pero al menos puedes sentarte una hora y comer con tu familia.

Nunca entendí su entonación irlandesa. Mi voz es ronca y mi lengua afilada como la de todos los demás en el vecindario. Además, la cena de los domingos ya no era tan importante como antes. Supongo que ahora solo hacemos lo justo para honrar su memoria. Muchos domingos, mi padre se va antes de que yo me levante de la cama y no vuelve hasta la hora de abrir el bar para el almuerzo del lunes.

Nunca hemos estado muy unidos. Yo era una niña de mamá y él prefería la compañía de sus

compañeros de juego a su familia. Ahora, simplemente compartíamos un espacio vital, no un hogar. Rara vez hablábamos, porque ninguno de los dos tenía mucho que decir al otro. Era como si todo estuviera dicho y no hubiera necesidad de decir nada más. Estábamos esperando que pudiera entrar en una buena universidad para perseguir mis propios sueños y dejar atrás mi antigua vida.

A veces, me preguntaba si volvería a ver a mi padre después de que me fuera a la universidad; si sobreviviría sin mí o si, simplemente, bebería hasta morir sin que yo estuviera cerca para cuidarlo. Ni siquiera sé si me importaría, en el caso de que eso sucediera.

Lo observé por un momento sin decir una palabra. Tenía la cabeza gacha y parecía murmurar para sí mismo, mientras recogía la comida de su plato con un tenedor. No había comido ni un bocado del pastel de carne que había hecho, ni el puré de patatas instantáneo que había cubierto con mantequilla y sal.

Nunca ganaría un premio de cocina, pero nos permitimos el lujo de la carne una vez a la semana. Normalmente, devoraba lo que le ponía delante, como un hombre hambriento. Luego pedía más antes de que pudiera darle un bocado. Sabía que algo tenía que estar muy mal si se dedicaba a pinchar el pastel de carne con el tenedor en vez de metérselo en la boca.

—¿Le ocurre algo al pastel? —Había probado un trozo y estaba muy bueno, o tan bueno como podía estar mi versión de pastel de carne. No me gustaba mucho la carne, lo que me venía bien ya que rara vez podíamos comerla. No me malinterpretes, no éramos pobres ni pasábamos hambre, pero andábamos siempre escasos de dinero, a pesar de que el bar era un buen negocio la mayoría de las noches. Sabía que mi padre se embolsaba mucho del dinero que venía de la caja y eso estaba bien. Era su negocio, su vida y tenía pensado salir de allí pronto, con o sin su ayuda.

—¿Necesitas ketchup? —Le entregué la botella.

—No —dijo en voz baja.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—¿Has oído lo que he dicho? —Sonó, irritado.

—Supongo que no. —Dejé el tenedor a un lado. Respiré hondo y lo sostuve mientras ponía las manos en mi regazo y formaba dos puños apretados.

Tenía la sensación de que ese día era igual que el que llegué a casa y lo vi cargando el camión de la mudanza. Algo malo se nos venía encima otra vez. Lo sabía. Me preparé para lo peor.

—Me van a matar —susurró. Dejó el tenedor y presionó las palmas de las manos contra la mesa, una a cada lado del plato, como si tratara de evitar que la mesa flotara en el aire. Miró hacia arriba con lágrimas en los ojos—. Me van a matar. Y no puedo evitarlo.

Sacudí la cabeza para asegurarme de que había escuchado bien. Recorrí su cara un segundo con la mirada y tuve la sensación de estar mirando a un extraño. No me había dado cuenta de lo viejo y castigado que estaba. Solo tenía cincuenta y siete años, pero parecía estar más cerca de los cien. Su rostro, que antes era agradable, era regordete y rojo por la bebida.

Pequeñas venas azules trazaban un mapa en sus abultadas ojeras y a través de su engrosada

nariz. Su piel estaba cenicienta, como la de un hombre que no había visto el sol en mucho tiempo. Había engordado y estaba perdiendo el pelo. Y tenía grandes lágrimas en los ojos. Eso fue lo que me pilló desprevenida, dándome a entender que algo andaba mal. Nunca había visto a mi padre llorar. Ni siquiera cuando enterraban a mi madre.

—¿Quién va a matarte? —Forcé una pequeña sonrisa de incredulidad. Mi padre no era bromista, pero no creía que hablara en serio, aunque su expresión indicaba que lo era.—. Jesús, papá, ¿qué has hecho?

Respiró hondo y se estremeció. Cuando sacó las palmas de las manos de la mesa, dejaron un perfecto perfil de sudor en la superficie. Las frotó y evitó mirarme a los ojos.

—Tengo deudas. —Se limpió la nariz en el dorso de la mano—. Tengo deudas con alguna gente.

—¿Qué clase de deudas? —Ya imaginaba la respuesta, pero quería que confesara en voz alta. Crucé los dedos sobre mi regazo para que no me temblaran las manos—. Papá, ¿qué deudas y qué gente?

Levantó la vista por un segundo y luego, rápidamente, miró la placa que aún estaba frente a él. Parecía que estaba rezando mientras decía en voz baja.

—Deudas de juego. Y quiénes son las personas no importa, solo que quieren su dinero para fin de mes o me matarán.

Tomé aire con lentitud y lo dejé salir igual de despacio. Era triste, pero no me sorprendía lo que acababa de escuchar. Sinceramente, me sorprendía que no hubiera pasado antes.

—¿Cuánto debes, papá? —Hice la pregunta con calma, aunque por dentro estaba destrozada—. ¿Papá? Mírame y dime cuánto debes.

Levantó los ojos lentamente y dejó escapar un largo suspiro. Se limpió los mocos con la mano otra vez y se frotó un nudillo de la otra mano bajo los ojos.

—Setenta y cinco mil dólares.

—¡Jesucristo, papá! ¿Cómo puedes perder setenta y cinco mil dólares jugando a las cartas? —Ladré sin querer y se estremeció ante el tono de mi voz, como un cachorro regañado por su dueño.

Alcé los puños y los coloqué en la mesa, como si estuviera lista para golpear al aire o a su nariz.

—Lo perdí jugando a las cartas. También, apostando a los caballos.

No pude evitar que se me abriera la boca e incliné la cabeza, como si me pesara una tonelada.

—¿Caballos? Papá, ¿qué coño sabes tú de caballos?

—No uses ese lenguaje en esta casa. —Frunció el ceño—. Tu madre no lo aprobaría.

—¡Mi madre tampoco aprobaría que perdieras setenta y cinco mil dólares! —Grité. De repente me puse furiosa con él y no pude evitar golpear la mesa con los puños—. Oh, Dios mío,

papá, ¿en qué coño estabas pensando?

—Supongo que no pensaba. —Cruzó los brazos sobre su pecho y se inclinó hacia atrás, como si creyera que fuera a darle un puñetazo y que debía ponerse fuera del alcance de los brazos—. Me quedé descubierto en la partida. Llevaba buena racha y doble. Luego gané de nuevo y luego otra, y otra... —Me miró, suplicando comprensión con sus ojos—. —Te juro, Katrina, que era como si no pudiera ocurrir algo malo. Como si Dios finalmente me recompensara después de tantos años perdiendo.

—No creo que esa sea la forma de trabajar de Dios, papá —le dije, resoplando—. De lo contrario habría máquinas tragaperras en la iglesia. Entonces, ¿qué pasó?

Se encogió de hombros y miró hacia otro lado.

—Entonces, doblé de nuevo y, bueno, el caballo no ganó.

—Oh Dios mío —dije otra vez, cubriéndome los ojos con los dedos y sacudiendo la cabeza—. Esa gente a la que le debes el dinero, ¿quiénes son?

—Gente que no conoces y que no necesitas conocer —aseveró con fuerza, como si me advirtiera que me mantuviera alejada—. Pero me matarán si no reciben su dinero. No tengo ninguna duda.

Extendí las manos para señalar que necesitaba recuperar el aliento y procesar lo que me había dicho. Me levanté de la mesa, fui a la cafetera del mostrador y llené dos tazas de diferente tamaño. Había comprado de postre un pastel con nueces, pero no iba a cortarlo. No era lógico que acabara de decirle a su hija que iban a asesinarlo unos matones y luego pidiera un trozo de tarta. En mi casa no.

No me molesté en poner nada en el café. Ambos lo bebíamos negro para ahorrar dinero. Puse una taza delante de él y me senté con la mía. Podía sentir mi corazón acelerado mientras la sostenía contra los labios y soplabla para enfriarlo. El vapor ascendió ante mis ojos.

—Lo siento, Katrina. —Apenas escuché su voz ronca. Tomó la taza entre sus manos y la miró fijamente, como si pensara que contenía la solución a su problema—. He sido un pésimo padre para ti y ahora, bueno, no sé qué hacer.

Me miró con lágrimas en los ojos y rápidamente apartó la mirada. Si esperaba que me compadeciera de él o que defendiera sus habilidades paternas o que solo buscara cumplidos, no tenía suerte. Había sido un pésimo padre y nunca le diría lo contrario. Culpaba a su dolor de su adicción a la bebida y al juego de su incesante deseo de que nuestra vida fuera mejor.

Todo era una mierda y ambos lo sabíamos. Era un borracho degenerado y un jugador crónico, antes de conocer a mi madre y lo retomó después de que muriera. Ella lo mantuvo estable durante el matrimonio, pero después de algún tiempo, ambas nos cansamos de intentar llevarlo por el camino recto y lo dejó correr libre.

Podía echarle la culpa a la muerte de ella y justificar sus defectos, pero los dos sabíamos la verdad, aunque nunca lo dijéramos con palabras. No obstante, era mi padre y la única familia que me quedaba. Incluso con sus defectos, y eran muchos, sabía que me quería a su manera y que no me pondría en peligro de forma intencionada; lo que ocurría podía afectarnos a ambos de forma

trágica.

Si estas personas eran tan despiadadas como decía y lo mataban, después vendrían a por mí. O al menos me obligarían a cederles la propiedad del bar, el único activo que le quedaba a la pobre familia Donovan.

Lo odié en ese momento, pero era todo lo que me quedaba, el último vínculo con mi madre, la única persona que me amaba completa e incondicionalmente. Ella decía que amarme era tan fácil y natural como respirar el aire de la primavera. No mentiré, después de que el cáncer se la llevara, lloré muchas veces hasta quedarme dormida; a menudo, deseando que hubiera sido mi padre el que hubiera muerto en lugar de ella. Pero ella decía que la vida no se construía sobre deseos.

Lo mejor que podía hacer para honrar a mi madre era fijar mi propio rumbo y seguirlo. Por eso me presenté para estudiar en el instituto tecnológico de Massachusetts. Quería ser investigadora en cáncer, pero no tenía ni idea de cómo cubriría la costosa matrícula, aunque me aceptaran en el programa a la madura edad de veintiún años.

Solicitaría subvenciones y préstamos para complementar los diez mil dólares que había conseguido ahorrar trabajando como lavaplatos, cocinera de frituras y ayudante de camarera en el bar desde que tenía catorce años. Siete años de trabajo duro y eso era todo lo que tenía para demostrarlo. Diez mil dólares no pagarían ni un cuarto de la matrícula del MIT, pero era un comienzo... Luego me di cuenta que el dinero que había ahorrado para mi futuro, tendría que utilizarlo para salvar la vida de mi padre. Joder.

Finalmente, rompí el silencio haciendo la pregunta obvia.

—¿Cómo vas a pagarles?

Dejó que sus hombros subieran y bajarán.

—No lo sé.

—¿Vale algo el bar? ¿Puedes conseguir una hipoteca? —Sabía que el local no valía mucho. El destartalado edificio que albergaba el bar y asador Tommy era de la familia desde hacía muchos años. Lo construyó su abuelo, Tomas Donovan, luego pasó a su padre, Thomas, y finalmente a él.

Era todo lo que teníamos y no era mucho. El bar ocupaba todo el piso de abajo y vivíamos en el diminuto apartamento de sesenta y cuatro metros cuadrados de arriba. Yo tenía mi propio dormitorio y él dormía en el sofá. Había una mezcla de sala de estar y cocina y un baño. Eso era todo. Y cada día esperaba que el edificio se derrumbara.

—El local ya está hipotecado hasta la médula —explicó, mirando alrededor de la habitación y sacudiendo la cabeza—. La cuenta del negocio está baja y el crédito al máximo. Operamos semana a semana y todos nuestros ahorros se han ido. No tenemos nada para vender que valga ni cerca de lo que debo.

Levantó la vista, pero cuando nuestros ojos se encontraron, rápidamente miró hacia otro lado. Sentí un escalofrío en mi columna vertebral.

—Cuando dices que nuestros ahorros se han ido... ¿Qué significa eso? —me atrevía a preguntar.

La respuesta llegó cuando no me miró a los ojos. Miró fijamente la taza de café, que estaba demasiado fría para beber y volví a preguntarle:

—Papá, ¿qué significa eso?

—Significa que ya he perdido nuestros ahorros —repitió, demasiado tranquilo para que yo lo oyera—. Ya no están. Hasta el último centavo.

—Cuando dices nuestros ahorros, ¿te refieres a mis ahorros? ¿Mi dinero para la universidad? —No tenía que responder. Sabía la verdad por la mirada de culpabilidad que humedecía su cara como un fino sudor. —Cerré las manos en dos puños y me clavé las uñas en palmas. Mi respiración se hizo pesada hasta que sentí que mis pulmones iban a explotar. Apreté los dientes y sentí que las lágrimas me ardían en los ojos—. Papá, mi dinero para la universidad...

—Se ha ido, Katrina —susurró. Empezó a llorar de nuevo—. Cada centavo. Todo se ha ido.

Capítulo 2

Nicky D'Angelo

—Odio los malditos domingos —espetó mi primo Tony mientras terminaba el vaso de tequila que la camarera acababa de poner delante de él.

Ordenó otra ronda con rapidez, aunque los tres vasos frente a mí estaban intactos. Agarró la botella de cerveza que llevaba a los labios después del tequila, la apuró y la dejó sobre la mesa.

—¿Por qué odias tanto los domingos? —Le pregunté, deslizando hacia él uno de mis chupitos. Solo llevábamos media hora allí y ya podía decir que iba a ser una larga tarde, probablemente seguida de una larga noche, si Tony no encontraba una chica —o chicas— para ocupar su tiempo. Tony recogió el trago y lo engulló de golpe.

Suspiró y se golpeó los labios.

—Porque las únicas zorras que hay aquí el domingo, son las putas de segunda fila —gruñó, haciendo un gesto con la mano en el aire, ante el surtido de bailarinas desnudas y camareras en *topless* que se paseaban por el club.

Todas hacían lo posible por absorber hasta el último dólar de los clientes, como los vampiros chupan la sangre de sus víctimas. Las chicas nos miraban de vez en cuando, pero sabían que no debían acercarse a la zona VIP sin ser invitadas. Tony podía ser un auténtico capullo cuando estaba de humor, así que, como buenos perros que están en el patio, sabían que solo debían venir al porche cuando su amo llamara. Y Tony se consideraba a sí mismo como su amo, sin duda.

Bebió otro de mis chupitos y gimió en el vaso.

—No sé por qué las mejores chicas tienen que librar el domingo. Seguro que no están todas en la maldita iglesia. Me voy a quejar a la dirección.

—¿No eres la dirección?

Sonrió.

—Lo que sea.

Sonreí y bebí mi cerveza. Cuando estaba cerca de Tony, sonreía mucho, dependiendo de su humor. Era muy divertido estar con él, al menos hasta que se emborrachaba y buscaba pelea con algún pobre imbécil que lo había mirado mal o que le quitaba la atención a alguna chica a la que le había echado el ojo.

Por supuesto, Tony nunca peleaba personalmente, nunca lo hacía, ni siquiera cuando éramos niños. Para eso estaba Jimmy Fist. Jimmy se sentaba junto a Tony y miraba la habitación con ojos brillantes, como si Tony fuera el presidente y él un agente del Servicio Secreto que tomara

esteroides.

Jimmy era ciento treinta kilos de músculo duro y doscientos gramos de cerebro. Era un pitbull enfadado que llevaba trajes ajustados Armani y camisetas negras con una gran cruz de oro colgando de una gruesa cadena de oro alrededor de su cuello. La mayoría de la gente pensaba que la cruz significaba que era religioso. Estaban equivocados. La cruz estaba hueca y la parte superior atornillada. Era donde Jimmy guardaba la droga de mi primo cuando estaban en la ciudad.

La única vez que Jimmy Fist entró en una iglesia fue para robar el dinero de la colecta cuando éramos niños o para golpear a un sacerdote cuando éramos adolescentes, ya que Tony pensaba que el tipo parecía un pedófilo. Probablemente no lo era, pero eso no le importaba a Jimmy. Solo hizo lo que Tony le ordenó que hiciera.

—Esa chica es un cinco sobre diez —dijo Tony, poniendo los ojos en una de las bailarinas desnudas. Iba con un viejo borracho con traje a una habitación privada, para un baile erótico y cualquier otro favor que pudiera comprar. Golpeó el aire con el dedo como si estuviera picoteando una máquina de escribir. —Esa es un siete, esa es un seis, esa ni siquiera está en la maldita escala. Cristo, Nicky, no me la follaría ni con tu polla.

—Eso es bueno, porque mi polla no está disponible para que la uses —repliqué.

—Tu polla es demasiado pequeña para que la use —dijo Tony riéndose y golpeando a Jimmy con el codo.

El hombre gruñó sin sonreír y me miró de reojo. Jimmy y yo no éramos amigos. Nunca lo habíamos sido, nunca lo seríamos. Yo pensaba que era un maldito matón y él pensaba que yo era un imbécil condescendiente. Probablemente ambos teníamos razón en gran medida.

Tony seguía quejándose de la falta de un coño de grado A, como él lo llamaba, trabajando en el club aquella tarde. Se consideraba a sí mismo como un experto en coños de clubes de caballeros y en coños en general. Dios sabía que había tenido más de su parte, pagada y gratis. Era un tipo guapo, ni muy alto, ni muy delgado, con el aspecto italiano y sombrío de la familia D'Angelo, con pelo negro carbón, moreno de piel y ojos marrones, tan profundos que podían cortarte como un láser.

Mucha gente pensaba que éramos hermanos en vez de primos, aunque yo era un año mayor y unos centímetros más alto. También tenía unos veinte kilos de músculo más, gracias a mis días de juego de rugby en la universidad y a los entrenamientos diarios que hacía con el entrenador personal que venía a mi oficina todas las tardes. El único levantamiento pesado que Tony hacía era arrastrar su trasero fuera de la cama todas las mañanas. Y a veces tenía que llamar a Jimmy para que le ayudara.

Escuché a Tony valorar a más chicas mientras bebía mi cerveza y miraba a la que bailaba desnuda en el escenario principal, en el centro de la sala. Se frotaba contra el poste plateado de la *stripper* con alguna canción de George Michael, como si se la estuviera follando el hombre invisible.

Era una pelirroja de larga melena, grandes tetas y un culo al que se le podía poner una copa. Tenía el vello púbico rasurado, así que no sabía si la alfombra hacía juego con las cortinas. Su

clítoris estaba perforado con un anillo de plata. Me preguntaba qué se sentiría al tener una varilla de metal en el capuchón del clítoris, cuando me sorprendió mirándolo.

Me miró como en un sueño y sonrió. Tenía un hueco entre los dientes delanteros y metió la lengua a través de él. Rápidamente miré hacia otro lado. Tony tenía razón. El domingo era para la segunda clase, como mucho.

—Puede que las mejores chicas descansen el domingo porque trabajan hasta muy tarde el sábado por la noche, bailando en el regazo de gilipollas como tú —dije pensativo, como si estuviera haciendo una hipótesis sobre uno de los grandes misterios de la vida—. El domingo, te quedas con las sobras, aunque algunas de ellas todavía están bastante calientes.

—Sí, si te gusta un espacio entre sus dientes delanteros por el que puedas meter la polla — se mofó, asintiendo a la bailarina que seguía mirando hacia mí. Se sentó y sacudió la cabeza—. Voy a tener una pequeña charla con Mavis —decidió, refiriéndose a la antigua *stripper* gerente que manejaba los horarios de las bailarinas—. Si va a sacar el coño de segunda clase el domingo por la tarde, debería al menos descontar los putos bailes eróticos. O ponerlos en una escala móvil. Cuanto más caliente es la perra, más dinero cuesta.

Solté una carcajada y puse los ojos en blanco.

—¿Cuándo fue la última vez que pagaste por un baile erótico, hijo de puta? ¿O por un trago, para el caso? —Supervisé durante un tiempo la contabilidad del club y manejé los libros públicos así que sabía quién pagaba y quién no. Por supuesto, el club era propiedad del padre de Tony, mi tío Gino D'Angelo. Ni Tony ni yo habíamos pagado por nada en todos los años que llevábamos yendo allí: bebidas, coños o cualquier otra cosa. Le recordé ese hecho y añadí—: No puedes quejarte cuando la mierda es gratis.

—Por supuesto que puedo. —Mostró una sonrisa de satisfacción y alcanzó mi último trago—. Solo porque sea gratis no significa que tenga que ser de baja calidad. Si pienso que es una mierda, los clientes pensarán que es una mierda. Y un coño de mierda es malo para el negocio. Te graduaste en una gran universidad, ya sabes de lo que estoy hablando. Es simple economía.

—Debo haber salido el día que cubrieron el coño de mierda y su efecto en la economía.

—Maldito universitario —resopló, sacudiendo la cabeza—. Ni siquiera pasé por delante de una universidad y soy más listo que tú. —Golpeó a Jimmy con el codo—. ¿No es cierto, Jimmy?

—Así es —gruñó el hombre. Me miró y arrugó la nariz como si yo apestara—. Maldito universitario.

Casi le dije que se fuera a la mierda, pero decidí dejarlo pasar. No tenía miedo de Jimmy, al contrario, le pateé el culo cuando estábamos en el instituto y podría hacerlo de nuevo. Era todo músculo y fuerte como un puto buey, pero en una pelea justa se movía con la velocidad y la gracia de un perezoso. Un buen puñetazo en la nariz o en la mandíbula y sus rodillas se doblaban como palillos de dientes.

No quería pasar el domingo por la tarde sacando sus dientes de mis nudillos.

Tony sonrió, esperando mi respuesta. Cuando se hizo evidente que no iba a entrar en el asunto con Jimmy, bajó el vaso y se limpió los labios en el dorso de la mano, justo cuando la

camarera llegó con una bandeja llena de chupitos y cervezas.

Mi primo empezó a hablarle a la chica que, a diferencia de las bailarinas, iba en *topless*, pero llevaba una tanga transparente que no escondía el contorno de su oscuro pubis bien recortado.

El departamento de salud exigió a las camareras —todas las que servían bebidas y alimentos— que cubrieran sus vaginas con fines sanitarios, por lo que Tony había comprado los tangas transparentes, dándole a entender al inspector de sanidad que le chupara la polla. A Tony le encantaba salir del armario.

La camarera era una morena guapa, con tetas pequeñas y una gran sonrisa, llamada Bethany algo. Trabajó en el Club de caballeros Gino durante unos meses y pasó muchas veces por la cama de Tony y el asiento trasero de su coche. Él decía que no era mala, para ser un coño de reserva, y que podía chupar el metal del enganche de un remolque, que era en lo único que parecía pensar mi primo.

Recogí mi cerveza y me senté en la cabina mientras observaba el gran salón. Me oí suspirar, pero no estaba seguro de si era por aburrimiento o por asco. Eran apenas las dos de la tarde de un maldito domingo y aquel lugar ya se estaba llenando de hombres dispuestos a gastar todo su sueldo, o a maximizar sus tarjetas de crédito, en las dos cosas que hacían girar el mundo: alcohol y mujeres.

Miré hacia otro lado cuando Tony llevó a la camarera a su regazo y empezó a acariciarle las tetas, mientras ella le metía la lengua en la garganta.

Un pensamiento siguió corriendo por mi mente.

Yo era Nicky D'Angelo, el típico hombre italiano alto, moreno y guapo, con una mente de negocios inigualable y una polla que haría que la mayoría de los hombres tuvieran envidia y la mayoría de las mujeres salivaran.

Poseía un máster en finanzas de Wharton. vivía en un ático de lujo en el centro y tenía mi propia limusina con chofer. Era el fundador y director general de una exitosa compañía de servicios financieros que me había hecho multimillonario antes de los treinta años. Fui votado dos veces como uno de los solteros más codiciados de la ciudad y he salido con más mujeres preciosas de las que puedo recordar.

Era joven, rico y tenía el mundo a mis pies.

Entonces, ¿qué coño hacía allí?

Una palabra: familia.

Mi nombre completo es Nicholas Ramone D'Angel, pero me llaman Nicky desde el día en que nací. En una gran familia italiana como la mía, todo el mundo tiene un apodo. Solo escuchas tu nombre completo cuando tu madre está enfadada y te grita.

El nombre completo de Tony es Anthony Luigi D'Angelo; Tony para abreviar. El verdadero nombre de Jimmy Fist es James Orson White. No es italiano, pero tiene un apodo de todos modos, como el de la mascota de la familia.

Jimmy es un irlandés cuyo padre trabajaba para nuestro abuelo como guardaespaldas y ejecutor. Jimmy creció con nosotros y Tony le puso el apodo de Jimmy Puños porque usaba sus puños más que su cerebro. Aún hoy en día le queda bien.

Soy el único hijo de Ricardo y Marina D'Angelo. Nieto de Luigi D'Angelo y uno de los herederos de la fortuna de la familia D'Angelo. La cosa es que no quiero tener nada que ver con el negocio familiar ni su dinero. A diferencia de Tony y el resto de mis primos de mierda, prefiero abrirme camino en el mundo, no porque no quiera riqueza, sino porque no quiero pasar el resto de mi vida en la cárcel.

La familia D'Angelo está involucrada en muchos negocios, algunos legítimos, la mayoría no. Siempre he sabido lo que mi familia hacía por dinero y aunque no me he implicado en nada de eso, he disfrutado del botín.

El dinero de la familia me llevó a Yale y luego a la universidad de negocios de Wharton, donde obtuve mi título en finanzas y me gradué con honores. Inicié mi compañía, Phoenix Capital, con dinero de la familia y mis primeros clientes fueron mi madre y mi padre, luego mis tíos y primos. Administro sus carteras de inversión y sus cuentas de jubilación. Hago dinero con su dinero.

Ya lo sé. Soy un maldito hipócrita, pero sigo diciéndome que una vez que mi compañía esté establecida con clientes no familiares, entregaré la administración del dinero de mi familia a otra persona. Hasta entonces, trabajaré lo mejor posible y fingiré que no sé de dónde viene el dinero. Y ahí está el problema, porque no puedo ignorar el hecho de que gran parte de la riqueza de mi familia procede del dolor y el sufrimiento de otros.

La fortuna de los D'Angelo se cimentó con drogas, prostitución, prestamos, apuestas, chantaje, lavado de dinero, extorsión y otros actos más violentos en los que intento no pensar. Como la mayoría de los imperios criminales, está construida sobre un castillo de naipes que podría derrumbarse en cualquier momento.

Un buen soplón de la cárcel, o una conversación al azar recogida en una escucha telefónica, podría llevar a los federales a la puerta de mi abuelo.

Siempre me he negado a tomar parte en nada criminal. El dinero que he manejado para la familia se ha gestionado de forma tan legítima, que nunca ha habido lavado de dinero. Cada centavo ha sido revisado por mi abogado antes de aceptar la transferencia. Siento que tengo una deuda con la familia por traerme aquí y mi manera de pagarla es nutrir sus fortunas.

La familia también era la razón por la que estaba sentado en un bar, a las dos de la tarde de un domingo, rodeado de hombres borrachos y cachondos y mujeres desnudas. Tony era mi primo, mi mejor amigo, y lo quería como a un hermano.

Me pidió que saliera a almorzar y terminamos aquí, como la mayoría de los domingos. Y como la mayoría de las conclusiones a las que llego sobre mi familia, esta también era una mierda. Disfruté de la compañía de Tony, pero también disfruté de la atención de las chicas, aunque no participé tanto como él.

He tenido mi ración de bailes eróticos e incluso me he follado a algunas de las chicas de la trastienda, pero siempre regreso a casa solo. A Tony, sin embargo, le gusta llevar a todas a su casa

para poder tener todas las chicas que quiera a la vez. Y como un buen primo, siempre me invita a ir.

Hemos tenido muchas pandillas en nuestros días de juventud. Tony era como un paseo de carnaval en la cama. Le gustaba tener una chica montada en su polla, una chica montada en su cara y una chica montada en cada mano. Tengo que admitir que resultaba impresionante de ver.

La verdad es que con la edad me estoy cansando de tanto jugueteo. Me encantaría conocer a una buena chica y sentar cabeza, pero la experiencia me dice que las mujeres están más interesadas en lo que puedes hacer por ellas que en tener una relación seria. Estoy rodeado de *strippers*, prostitutas y caza fortunas que harán lo que les diga en el dormitorio, pero esperan una propina a cambio de abrirse de piernas.

«Me encantaría ese anillo, Nicky».

«Oh, mira ese descapotable».

«Vaya, Nicky, ¿no estaría genial con ese abrigo de visón?».

He intentado salir con modelos, actrices, gente de la alta sociedad y chicas ricas malcriadas, pero son aún peores porque no necesitan tu dinero. Actúan como si tuvieras que estar honrado de poder follártelas. Lo juro, me acosté con una chica que reconocerías de la televisión y ella se quedó allí, tirada, mientras me la tiraba. Fue como meter mi polla en un cadáver. Literalmente me dio escalofríos.

Estaba listo para algo diferente.

Necesitaba una mujer de verdad, una con cerebro y cuerpo.

Una con ambiciones y pasiones que rivalizaran con las mías.

No estaría mal que tuviera grandes tetas y un buen culo.

Capítulo 3

Katrina

Dejé a mi padre, sentado a la mesa y compadeciéndose de sí mismo, y bajé a abrir el bar para los clientes del domingo por la noche. Tal vez debería haberle dado un gran abrazo y decirle que lo amaba. O asegurarle que, de alguna manera, lo resolveríamos juntos, que todo iba a ir bien porque eso era lo que hacían las familias; ponerse de acuerdo y llegar a una solución, cuando alguno había hecho algo tan estúpido que podría hacer que los mataran a todos. O podría haberle dicho que lo echaría de menos cuando se fuera. Tal vez debería haber hecho todo eso, pero no lo hice. No pude. Al menos, no todavía.

Mala suerte, papá, recibes lo que mereces. Gracias por robar mis ahorros y arruinar mi vida. Eres el peor padre de la historia... capullo egoísta.

El domingo, abrimos a las cuatro para dar tiempo a los feligreses a hacer su penitencia matutina con Dios y almorzar con sus familias, antes de ir a beber con sus amigos y gastar su dinero en cerveza y alitas.

Odiaba el bar. Siempre lo he odiado y siempre lo haré mientras mi vida esté atada a él. Odiaba que fuera un refugio para hombres como mi padre, que preferían la compañía de sus compañeros de bebida y póquer a sus esposas e hijos; hombres que robaban dinero de la lucha de sus hijos para apostar sin remordimientos.

Odiaba el bar, pero era todo lo que teníamos y la única manera de que mi padre se ganara la vida. Había trabajado allí con mi abuelo desde que era un niño, apenas terminó la escuela secundaria, y nunca había estado en ningún otro lugar. Siempre había carecido de ambición y talento. Trabajar en el bar era todo lo que conocía. Era quien era.

Si mi abuelo no hubiera muerto y no le hubiera pasado la escritura y las deudas, probablemente estaría vendiendo coches usados de mierda en Jersey o empujando carritos a la gente delante del Wal-Mart. Por supuesto, se bebió gran parte del almacén y siempre tenía la mano en la caja, pero sin él, estaríamos sin hogar hace mucho tiempo.

No hacíamos frituras el domingo porque el cocinero, un anciano negro llamado Willis Jones que llevaba en el bar el mismo tiempo que mi padre, insistió en tomarse libre el día del Señor. Pero logramos un buen negocio de cervezas y chupitos entre los paganos que venían como un reloj.

Nuestra clientela era leal, tenía que reconocerlo; Sobre todo, ancianos del vecindario y algunas mujeres mayores repugnantes que no dudaban en sacarles un par de cervezas. Eran los bebedores empedernidos, los borrachos de carrera, los que habían mantenido el lugar en marcha tantos años.

El bar Tommy era un antro de mala muerte, un agujero de mierda, no uno de esos lujosos restaurantes de la zona alta, donde se mezclan bebidas de recetas y fórmulas secretas y que cuestan veinte dólares cada una. No hacíamos cócteles ni combinados lujosos. Si querías algo más que cerveza y chupitos de licor, no tenías suerte. Y pedir algo afrutado haría que te miraran raro.

Llevaba varias horas detrás de la barra, tirando de los grifos, cuando mi padre finalmente bajó. Apareció en la puerta de la cocina y se quedó de pie, con las manos en los bolsillos y los hombros caídos, como si el peso del mundo se le viniera encima.

Eché un vistazo al reloj de neón encima de la barra. Eran casi las siete. Pensé que había estado arriba bebiendo toda la tarde, pero cuando se unió a mí detrás de la barra sus ojos estaban claros y no tropezaba con su lengua.

—Yo me encargo —dijo en voz baja—. ¿Por qué no te tomas un descanso?

No dije ni una palabra. Solo levanté las manos y pasé junto a él para salir de detrás de la barra. Cogí una bandeja redonda y empecé a caminar por la barra recogiendo envases de las mesas y los compartimentos. Varias personas me saludaron y yo les devolví el saludo, pero mi mente estaba a un millón de kilómetros de distancia. Deseaba que mi cuerpo pudiera unirse a ella.

—Hola, Gatita Kat. —Me di la vuelta para ver a Bethany, mi mejor amiga. Caminaba hacia mí con los brazos extendidos y una gran sonrisa. Saludó a mi padre que asintió con la cabeza, luego me abrazó y se deslizó hacia el compartimento que estaba limpiando—. Tomaré una Coca-Cola, camarera —dijo de forma juguetona—. Y sírvete una para ti de mi parte.

Dios la bendiga. Bethany siempre ha sido muy alegre y optimista, aunque su vida familiar no era mejor que la mía. Trabajaba como camarera en *topless* en un club de *striptease* del centro, donde los hombres la manoseaban y pellizcaban como si fuera un melón de supermercado.

Me había contado historias horribles, de haber estado a punto de ser violada en el baño del club y tener que rechazar a los hombres con una bandeja de bebidas. Al mismo tiempo, se jactaba del dinero que ganaba trabajando allí de espaldas y de rodillas.

También era la puta favorita de uno de los dueños. Según me dijo, la inundaba con regalos y billetes de cien dólares. No sabía si sería así, exactamente, pero era evidente que tenía su propio apartamento, un coche y dinero; de forma que solo dependía de ella misma, así que las ganancias no eran tan malas.

El constante vértigo de la vida de Bethany era contagioso y me alegré tanto de verla que casi lloré. Siempre tenía una sonrisa en la cara y los ojos brillantes. Decía que la vida era lo que una hacía de ella. Podía ser genial o una mierda, pero todo dependía de una misma. Me hubiera gustado creer en esa mierda, especialmente hoy, pero mi vida no era nada de lo que quería que fuera. Tal vez porque no era realmente mi vida. Al menos, no lo era todavía.

Llevé la bandeja de envases vacíos al bar y volví con dos vasos llenos de hielo y Coca-Cola aguada. Puse los refrescos en la mesa y me senté frente a ella en el compartimento. La vi agarrar una pajita de la mesa, arrancó el papel y lo pegó en su vaso; luego condujo la pajita hasta sus labios, que estaban pintados de un rojo intenso.

Tomé un sorbo de mi bebida y la miré. Trabajaba en el turno de tarde en el club de Gino y

era obvio que venía directamente de allí. Llevaba unos vaqueros tan ajustados que parecían pintados y una camisa de estilo zíngara que dejaba un hombro al descubierto, mostrando que no llevaba sujetador. Sus gruesos pezones atravesaban la tela, aunque parecía que era la única que no se daba cuenta.

Cuando Bethany entró en el bar, todas las cabezas se giraron y todas las bocas se abrieron. Los viejos la deseaban y las mujeres entradas en años la odiaban a muerte. A Bethany le encantaba la atención, buena y mala.

Había brillo en la parte superior de su pecho y su lápiz labial estaba embadurnado, como si su boca hubiera estado recientemente ocupada, haciendo algo más que chupar una pajita de Coca-Cola. Podía oler el humo y el sexo debajo de su pesado perfume.

—¿Acabas de salir del trabajo? Le mostré mi mejor sonrisa.

—Sí —dijo con un movimiento de cabeza. Agitó la paja alrededor del vaso y suspiró con fuerza—. Ha sido una tarde muy lenta, así que las propinas también han resultado una mierda, pero Tony estaba allí y eso siempre es divertido.

Puse los ojos en blanco al mencionar su nombre. Tony era uno de los dueños del club, con el que Bethany se acostaba en ocasiones, y con —se acostaba— me refería a que ella se lo follaba en la parte de atrás de su coche o en la parte de atrás del club o en cualquier otro sitio donde se le pusiera dura la polla. También le hacía mamadas bajo la mesa que había dentro del club cuando estaba lleno de gente.

Me había contado todo tipo de cosas que hacían y que yo nunca tendría las agallas de hacer. Por supuesto, algunas de ellas me humedecían las bragas y me producían un cosquilleo en el clítoris; pero en la escala del sexo, Bethany y yo estábamos a kilómetros de distancia. Yo seguía sentada en la zona cero y ella empujaba la balanza cada vez más lejos en el otro extremo.

No conocía personalmente a Tony, pero sonaba como un completo idiota rico que la trataba como una mierda. Ella me contó que tenía una polla enorme y que le encantaba el sexo duro. Le había puesto como apodo El Martillo, por la forma en que le clavaba su monstruosa polla.

El verdadero atractivo para Bethany era que Tony tenía bolsillos profundos y no le importaba compartir su dinero. Bethany regresaba a menudo a casa con el bolso lleno de billetes de cien dólares, ropa nueva y joyas que él le había comprado.

Para mí, ella se prostituía y se lo dije, pero se limitó a sonreír, alegando que una chica hacía lo que tenía que hacer para pagar las facturas. Después del día que había tenido, me pregunté si pronto estaría en el mismo estado de ánimo.

—¿Qué te preocupa, Gatita Kat? —Frunció el ceño con la paja entre los labios. Me había estado llamando Gatita Kat desde quinto grado. Era la única que podía hacerlo.

—¿Qué? —Parpadeé—. No pasa nada. Háblame de tu día.

—Oh, que le den a mi día —replicó, dejando la bebida a un lado y limpiándose los labios en una servilleta que quedó manchada de rojo sangre. Se acercó a la mesa para poner sus manos en mi brazo—. Vale, corta el rollo, te conozco y puedo leer en ti como si fueras un libro abierto. ¿Qué es lo que pasa?

Miré hacia la barra para comprobar si nos observaba mi padre, pero estaba sirviendo bebidas para los clientes habituales. Su expresión estaba en blanco, sin emociones. Al igual que yo, él se dedicaba a moverse sin pensar lo que hacía. Incluso, lo vi echar un ojo hacia la puerta varias veces.

Me pregunté si la gente a la que debía el dinero vendría al bar a cobrar. Podrían entrar para intimidarlo, pero dudaba que le hicieran algo delante de tanta gente. Las ratas y las cucarachas evitaban la luz. Cuando vinieran a cobrar, sería en un callejón trasero donde no habría testigos.

Llámame egoísta, pero no pude evitar preguntarme si eso sería el final de todo. Una vez muerto, ¿esperarían que yo cubriera su deuda? Gente como esa no pierde setenta y cinco mil dólares como si fuera una pérdida de un negocio. Obtendrían su dinero de una forma u otra. Y yo era una chica de veintiún años. Tal vez había visto demasiadas películas de Liam Neeson, pero sabía que tenía activos que valían dinero para gente como esa. Ese pensamiento me hizo temblar.

—Kat, ¿qué coño pasa? —preguntó, sacudiendo mi brazo hasta que la miré—. Parece como si hubieras visto un maldito fantasma, nena. ¿Qué ocurre?

—Van a matarlo, Bethany —confesé en voz baja, mientras mis ojos volvían a mi padre, que me miraba a pesar de que sabía que no podía oírme hablar.

Bethany me apretó el brazo.

—¿Quién va a matar a quién? Katrina, ¿quién va a matar a quién? ¿De qué hablas?

—Van a matar a mi padre —susurré—. Y no puedo hacer nada para detenerlos.



Bethany me agarró del brazo mientras me seguía por la cocina y las escaleras hasta el apartamento. Nos sentamos en la mesa de la cocina, donde mi mundo se había derrumbado horas antes, y le conté toda la historia. Me tomó de la mano y me escuchó en silencio.

—Jesús, Kat, ¿se ha gastado tu dinero de la universidad? —Bethany hizo un gesto con las manos como si retorciera el cuello de mi padre—. ¡Ese viejo cabrón! Ese viejo pedazo de mierda. ¿Qué mierda vas a hacer?

—No lo sé. —Me limpié las lágrimas de los ojos con los nudillos—. No me preocupa el dinero ahora mismo, quiero decir, estoy cabreada, pero ¿y si cumplen sus amenazas? ¿Y si matan a mi padre?

Bethany se enfadó conmigo.

—¿Estás preocupada por ese gilipollas? Él se metió en este lío, Kat. No es tu responsabilidad sacarlo. Solo tienes que salir de aquí y dejar que se ocupe de su mierda. Haz una maleta, puedes quedarte conmigo.

—Sigue siendo mi padre —le recordé, cómo si al decirlo me diera cuenta de que no importaba lo que hubiera hecho a lo largo de mi vida porque lo quería a mi manera.

Bethany se sentó con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Vale, bien. ¿Sabes a quién le debe el dinero?

Sacudí la cabeza.

—No. Dijo que no importaba.

—¿Y cuánto debe?

—Setenta y cinco mil dólares —repetí—. Podría ser un millón de dólares porque no los tenemos y no hay forma de conseguirlos. Este lugar está hipotecado hasta la médula. Se ha cargado mis ahorros. No tenemos nada que vender ni nadie a quien pedírselo. Estamos jodidos, Bethany. No sé cómo saldremos de esto.

—Podría haber una manera —dijo Bethany en voz baja. La miré de reojo y vi que tenía una mirada cautelosa, como si supiera el camino a seguir, pero también que estaría lleno de peligros.

—¿Cómo?

Apoyó los codos en la mesa y extendió las manos. Puse las mías en las suyas y sus dedos se cerraron alrededor de ellas—. Voy a hacerte una pregunta que puedes pensar que es totalmente irrelevante, pero cuando escuches por qué te la hago, lo entenderás.

—Bien... —Parpadeé sin comprender.

Me miró y arqueó las cejas.

—Katrina, ¿todavía eres virgen?

Capítulo 4

Nicky

—Hola, Nick. ¿Qué coño te pasa, tío?

Miré a Tony y me arrepentí inmediatamente de haberlo hecho. Estaba inclinado hacia atrás, con los brazos abiertos en la parte de atrás de la cabina y una estúpida sonrisa en su cara. Miré hacia abajo. La bailarina con el hueco entre sus dientes delanteros estaba debajo de la mesa chupando su polla. Jimmy Fist estaba sentado de lado en la cabina, su enorme silueta protegía de la vista lo que parecía una mamada bastante decente, en comparación con otras del club.

—Jesús, tío, ¿tienes que hacer eso aquí? —Hice una mueca de dolor y me di la vuelta. — Lleva esa mierda a un cuarto trasero. ¿Y si entrara tu padre?

Sonrió.

—Me daría la enhorabuena y buscaría una puta que le chupara la polla —aseveró antes de darme un puñetazo en el brazo—. He estado hablando contigo durante diez minutos y no has oído ni una palabra de lo que he dicho. ¿Qué tendrás en mente?

Señalé con un gesto a la cabeza de la chica que se movía de arriba a abajo en su miembro—. En serio, vamos a tener una conversación mientras te la chupan.

—Joder, tío, espera. —Sujetó la cabeza de la muchacha con las manos y la empujó hacia abajo, para que tragara su enorme erección hasta el final—. Vale... eso es... justo ahí... sí... sí... joder...

Miré hacia otro lado, mientras gemía y disparaba su carga en su boca. Él jadeaba y ella chasqueaba los labios. Luego me preguntó que si quería uno. Levanté la mano sin mirarlos y Tony le dijo que se perdiera.

—Deberías haber tenido uno, hermano —aconsejó con una sonrisa de satisfacción—. La puta no es muy guapa, pero la chupa como nadie. Le doy un cinco por vistosa y un diez por actuar.

Tomó su bebida y suspiró sobre ella. Se había cambiado al whisky hacía un par de horas. Ya no llevaba la cuenta de lo que había bebido, pero todavía mantenía el control. Miré el reloj y comprobé que eran las siete pasadas. Pronto golpearía la cruz de cocaína de Jimmy y entonces yo me iría.

Tony podría ser un verdadero cabrón una vez que empezara a tomar coca. Además, al día siguiente era lunes y tenía que estar en la oficina a las nueve. Mi primo se quedaba de fiesta toda la noche porque no tenía que estar en ningún sitio en un momento determinado. Decía que era Tony D'Angelo, joder. Llevaba un Rolex de veinte mil dólares solo para presumir, no para decir la maldita hora.

—No me pasa nada, excepto que me doy la vuelta y la punta de tu pene está pegada a la boca de una chica —repliqué, sosteniendo mi cerveza—. Aparte de eso, estoy bien.

Podía sentir que me miraba.

—Vamos, hombre, soy yo. Dime qué es lo que te molesta. —Levantó la mano con tres dedos extendidos, como un Boy Scout haciendo un juramento—. Te prometo que no te mandaré a la mierda.

Respiré profundamente y lo empujé con suavidad. Extendí la mano para señalar la estancia, que estaba repleta y zumbaba como una colmena llena de mujeres desnudas y hombres borrachos y cachondos.

—¿Por qué estoy aquí?

Frunció el ceño como si estuviera hablando en francés.

—¿Qué?

—¿Por qué estoy aquí? —repetí con un gesto con las manos en el aire—. Quiero decir, ¿qué sentido tiene?

Se giró para mirarme y dio la espalda a Jimmy, que seguía mirando a la multitud como un pitbull buscando algo que matar.

—Por los coños gratis y el alcohol, primo. La cuestión es disfrutar de ser joven y rico y pasar un buen rato haciendo cualquier cosa que quieras hacer. No lo entiendo, solía encantarte esta mierda.

Me encogí de hombros y pensé que tenía razón. Hacía tiempo disfrutaba, pero en ese momento no sabía por qué me había cansado. Resoplé y sacudí la cabeza.

—No lo sé, Tony. Tal vez estoy madurando.

Se inclinó hacia mí y gruñó como un lobo que jugara con su presa.

—¿Por qué cojones harías eso?

—Tal vez sea el momento.

Observé a la multitud mientras me miraba. Dio unos golpecitos en la mesa y luego me empujó con un dedo.

—Entonces, me estás diciendo que quieres algo más que esto, porque esto ya no te sirve.

—Algo así.

—Sé lo que necesitas —advirtió, golpeando el vaso sobre la mesa tan fuerte que hizo que Jimmy nos mirara por encima del hombro. Tony se acercó a mí y me rodeó los hombros con su brazo. Me acercó y me susurró al oído—. Sé lo que necesitas, primo —dijo, con su aliento caliente en mi mejilla.

Me incliné para mirarlo por el rabillo del ojo.

—¿Sí? ¿El qué?

—Necesitas un coño virgen, amigo mío. —Agitó mis hombros—. Un poco de carne fresca para darte una perspectiva fresca. Y sé cómo conseguirlo.

Capítulo 5

Katrina

Como era domingo por la noche, ayudé a cerrar el bar sobre las diez y me acosté a las once. Mi padre y yo no nos dijimos ni una palabra más, probablemente porque no había nada más que decir. Él subió las escaleras e hizo lo suyo y yo hice lo mío. Cuando se tiró al sofá con un paquete de seis cervezas y el mando de la tele en la mano, entré en mi habitación y cerré con llave la puerta del dormitorio, algo que nunca había hecho antes.

Nunca pensé que alguien pudiera entrar a la fuerza y hacerme daño, al menos no todavía; pero me sentí mejor sabiendo que la cerradura podría retrasar su entrada, hasta que pudiera llamar al 911. Puse el móvil en la mesilla de noche y conecté el cargador sin apagar el teléfono. Normalmente lo apagaba por la noche para recargar, pero ya no. Puedes llamarme paranoica, yo lo llamo estar preparada.

Me quité toda la ropa, me puse el pijama y me metí bajo las sábanas. Estaba exhausta, como si hubiera pasado el día empujando piedras en las colinas, en lugar de llevar bebidas a los clientes. El estrés podía hacer eso, chuparte la vida como el cáncer se la chupó a mi madre.

Me la imaginaba mirando desde el cielo, furiosa con mi padre por lo que me había hecho, por lo que se había hecho a sí mismo. Ella siempre lo amó a pesar de sus defectos y me preguntaba si lo apoyaría, si todavía estuviera viva. Lo más seguro era que sí. Siempre fue mucho más tolerante con él que yo.

Lloré durante un rato, sentía mucha pena por mí misma, al tiempo que odiaba y temía a mi padre. Una vez que no tuve más lágrimas, me di la vuelta para intentar dormirme, pero no podía desconectar mi cerebro. Cuando empecé a sumirme en un suave sopor, regresó a mi cabeza la conversación que había tenido con Bethany.

Su pregunta me sorprendió al principio. ¿Seguía siendo virgen? No podía creer que, en un momento como aquel, me fuera a dar la lata sobre los hombres que debería follarme porque me miraban igual que a ella.

Quise decírselo, pero no lo hice porque no deseaba volver a discutir sobre mi virginidad. Bethany sabía que yo todavía era virgen. Ya habíamos tenido aquella charla un montón de veces y siempre quedábamos igual.

—¿Podrías follarte a alguien ya, por favor? —decía. Luego comenzaba el despotrique—. Te sorprenderá lo bien que lo pasas, una vez que te desfloren.

Bethany estaba lejos de ser una poetisa, pero probablemente tenía razón. Tenía tanta tensión sexual acumulada en mi cuerpo que a veces pensaba que podría explotar. No me malinterpretes, no soy una mojigata, ni me estoy reservando para el matrimonio por motivos religiosos o morales.

Era virgen por dos razones: falta de oportunidades y falta de un hombre con el que quisiera acostarme. Eso era todo. Había conocido algunos chicos con los que me hubiera gustado perder la virginidad, pero nunca había conocido a un tipo al que ofrecérsela y no iba entregársela al primero que llegara, solo porque necesitara liberarme de ella. Y no se trataba de amor ni de ninguna de esas tonterías. Se trataba de deseo y pasión.

Cuando entregue mi virginidad será porque desee tanto al hombre que no podré contenerme, no porque Bethany me haya dicho que me sentiría bien.

No era la pregunta de Bethany sobre mi virginidad lo que me mantenía despierta. Era lo que me dijo después, lo que me tenía tan inquieta, la razón detrás de la pregunta.

—Hay una subasta —dijo, mirando alrededor del bar para asegurarse de que nadie estaba escuchando—. Lo hacen de vez en cuando, en una gran finca a las afueras de la ciudad. Los tipos ricos pujan por la virginidad de la chica. Cien mil dólares es la oferta inicial. A veces llega a varios cientos de miles. El tipo que hace la oferta más alta se queda con la chica todo el fin de semana y ella tiene que hacer lo que él le pida sexualmente, dentro de lo razonable, por supuesto. La violencia no está permitida, pero sí un ligero BDSM.

—¿BDSM? ¿Qué es eso? —Pregunté, sintiéndome un poco como si hubiera estado viviendo bajo una roca toda mi vida.

—Ataduras, disciplina, sadomasoquismo —explicó de forma casual, como si estuviéramos hablando del clima—. Está comprando el derecho a desvirgarte y paga muy caro por ello. Si quiere atar a la chica y amordazarla, está permitido, pero nada que cause lesiones graves o deje marcas permanentes.

Parpadeé con incredulidad y me pregunté cómo podía bromear en un momento como aquel. Su expresión me dijo que no era una broma.

—No hablas en serio —le dije—. ¿Las chicas subastan su virginidad?

Ella asintió despacio.

—Hablo totalmente en serio. La chica se lleva la mitad del dinero. Tony me dijo que algunas chicas llegan hasta tres o cuatrocientos mil dólares o más.

—¿Tony? —Resoplé y puse los ojos en blanco—. Tu maldito amigo Tony, el dueño del club.

—Técnicamente, su padre es el dueño del club, pero sí, ese Tony. Me ha dicho varias veces que lo avise si conozco a alguna virgen que esté buena y quiera participar. Cuando le pregunté para qué era, nunca me dijo nada, hasta una noche que se emborrachó y me lo contó todo. Hacen estas subastas cada dos o tres meses, llevan años haciéndolas. Suelen tener una docena de vírgenes y un par de docenas de hombres pujando por ellas. Hay un pequeño encuentro antes de la subasta para que los hombres hablen con las chicas y las conozcan un poco, luego la subasta se lleva a cabo y comienza la puja.

—Oh Dios mío, parece sacado de una película. —Me cubrí la boca con la mano—. No puede ser real.

—Oh, lo es —aseveró, moviendo la cabeza—. De todos modos, cuando la puja se detenga,

el ganador paga y la chica es suya por el fin de semana. La única regla es que tienen que quedarse el fin de semana en la mansión, en una habitación privada para asegurarse de que las chicas están a salvo. Aparte de eso, son dueños de la chica desde el viernes por la noche hasta la medianoche del domingo. Al terminar el fin de semana, a las chicas se les paga la mitad de lo que pujaron por ellas, en efectivo. Si eran cien mil, ella recibe cincuenta. Si eran doscientos mil, ella recibe cien mil. Y así sucesivamente. No es un mal sueldo para un fin de semana por follar con un tipo rico, incluso si es viejo y gordo. Ojalá pudiera volver y cerrar mi agujero para poder cobrar, pero esos días ya pasaron.

—¿Y crees que puedes meterme en esta subasta? —No podía creer que estuviera considerándolo, aunque la idea me hacía sentir un cosquilleo—. Quiero decir, ¿es realmente seguro?

—Tony garantiza que es completamente seguro. —Extendió una mano por encima de la mesa y apretó la mía—. Kat, ¿estás considerando hacerlo? Quiero decir, ¿subastar tu virginidad para salvar a tu padre?

Lo pensé por un momento y luego comencé a asentir lentamente.

—Sí. Para salvarnos a los dos. Habla con Tony. Averigua lo que tengo que hacer. Me apunto.



Abrí los ojos para encontrarme de pie en un extraño escenario. Más bien, parecía un podio que me alzaba del suelo unos sesenta centímetros. Tuve que extender los brazos para mantener el equilibrio. La habitación estaba a oscuras, excepto por un foco en algún lugar por encima de mi cabeza.

Miré hacia arriba y me protegí los ojos con las manos para ver la oscuridad. Miré hacia abajo. Estaba desnuda, excepto por un par de tacones de aguja. Mis tetas estaban llenas y redondas, mis pezones grandes, como dedales regordetes a punto de reventar. Mi vello púbico rasurado, aunque no recordaba haberlo recortado yo misma. La habitación estaba fresca y sentía la piel de gallina por todo el cuerpo.

De repente, surgieron de la nada varios hombres y me rodearon por todos lados, eran demasiados para poder contarlos. De distintas edades y formas, tamaños y colores, todos desnudos, todos extremadamente bien dotados, sus pollas duras y venosas. Mientras se acariciaban con una mano, me tocaban con la otra.

Quise apartarlos, pero tenía las muñecas atadas en lo alto de mi cabeza. Sentí que mis piernas se abrían. Cuando miré hacia abajo, mis pies estaban separados a lo ancho de mis hombros y mis tobillos estaban encadenados al podio. Básicamente estaba de pie, pero con la postura del hombre del sketch de Da Vinci.

Intenté gritar, pero me di cuenta de que no podía porque tenía algo en la boca. Mi lengua presionó contra la dura mordaza de goma que estaba encajada entre mis labios y atada alrededor

de mi cabeza. Estaba completamente indefensa para protestar cuando los hombres se acercaron. Mis ojos se abrieron de par en par cuando sus grandes pollas se cerraron a mi alrededor.

Manos y dedos y labios y lenguas sondearon cada centímetro de mi cuerpo. Me apretaban los pechos y me pellizcaban los pezones hasta que me quejé del dolor y del placer que me producía. Las manos masajearon mis glúteos, amasándolos.

Los dedos exploraron mi coño, extendiendo mis labios y girando alrededor de mi agujero. Sentí que los jugos calientes brotaban de mi interior. Algo caliente y húmedo, una lengua quizás, se burló de mi clítoris, rodándolo de un lado a otro y lamiéndolo de arriba a abajo.

Mi cuerpo comenzó a calentarse, como si un fuego se hubiera encendido en lo profundo de mi vientre y se abriera paso a través de mí, goteando sudor por todos los poros.

La mordaza de bola que había bloqueado mis gritos desapareció cuando los dedos se metieron en mi boca, forzando su camino más allá de mis labios y a través de mi lengua. Les di la bienvenida a mi boca. Chupé los dedos y me quejé. Los dedos se derritieron y crecieron en grosor y circunferencia hasta que supe que era una polla la que estaba en mi boca.

Mis labios succionaron alrededor del grueso eje mientras se deslizaba dentro y fuera de mi boca. La cabeza bulbosa empujó contra la parte posterior de mi garganta, pero no me atraganté. De alguna manera relajé mi garganta y tomé el miembro por completo, untándolo con mi lengua mientras se deslizaba lentamente dentro y fuera de mi boca.

Los dedos se deslizaron alrededor de mi abertura por delante y por detrás, lubricándose antes de deslizarse profundamente dentro de mí, empujando el aliento de mis pulmones.

Cuando abrí los ojos encontré a un hombre guapo, alto, moreno, musculoso, aunque los rasgos de su cara estaban borrosos. Mis muñecas y tobillos se liberaron de repente. Envolví mis brazos alrededor de su cuello y él deslizó sus manos bajo mi trasero para levantarme. Envolví mis piernas alrededor de su cintura y sentí su erección ir más profundo dentro de mí, mientras me arrastraba hacia él.

Nuestras lenguas se batieron a duelo y su pene estiraba mi coño hasta el punto de abrirse cuando empecé a correrme. Me apreté contra él y succioné su lengua mientras mis jugos lo bañaban ola tras ola. Le oí susurrar mi nombre y supe que me estaba llenando con su semilla.

Me sorprendí a mí misma al despertar. Estaba desnuda, mi cuerpo cubierto de una película de sudor caliente y el pijama en el suelo. El consolador de silicona de treinta centímetros que guardaba escondido bajo el colchón, un regalo de Navidad de Bethany, estaba enterrado en mi interior. El aroma de mi sexo llenaba el aire como una brisa pesada del mar salado.

Después de un momento para recuperar el aliento, agarré las bragas del pijama y limpié mi coño empapado con ellas, luego me limpié el consolador y lo volví a meter bajo el colchón. Dejé la parte superior del pijama en el suelo. Mi cuerpo estaba en llamas, demasiado caliente para la ropa o las mantas.

Cerré los ojos y rápidamente me dormí de nuevo. Esta vez no hubo sueños. Dormí tranquilamente y me desperté renovada, porque sabía que había una manera de salvar a mi padre y de liberarme a mí misma también.

Capítulo 6

Nicky

La Subasta de la Virgen, como se llamaba, fue iniciada por el padre de Tony, mi tío Gino D'Angelo, a mediados de los setenta, cuando él y mi padre tenían la edad que ahora tenemos Tony y yo.

El tío Gino era un visionario y empresario de la más alta magnitud. Sabía que había dinero en el alcohol, las drogas y las mujeres porque la familia había ganado cientos de millones con esas cosas durante décadas, casi desde el día en que mi abuelo Luigi empezó el negocio en su adolescencia.

Gino también sabía que cuanto más puro era el producto, más podía cobrar la familia por él. Cuando un compañero de copas le preguntó en broma por qué no podía comprar chicas vírgenes como todo lo demás, una bombilla se encendió en la cabeza de Gino y comenzó la subasta de vírgenes, primero en un almacén del centro de la ciudad con un puñado de chicas y algunos de sus compañeros como pujadores.

Ahora se llevaba a cabo en una finca privada que la familia poseía en Jersey, con docenas de chicas a la vez y muchos postores con bolsillos llenos y pollas duras por la juventud o pequeñas píldoras azules.

Se rumoreaba que el tío Gino superó la oferta del famoso mafioso John Gotti por la virginidad de una hermosa y joven rusa llamada Ursula Petrova, que acabó siendo su segunda esposa y la madre de Tony. Mi abuela Lillian nunca supo que su hijo mayor compró a su novia en una subasta, no es que le hubiera prestado mucha atención. Las cosas eran diferentes en los tiempos de mi abuela. A menudo decía que Papa Luigi la compró a su padre por seis jarras de vino tinto y una vaca que apenas daba leche.

La finca donde se celebraba la subasta estaba a una hora de la ciudad y la subasta comenzaba precisamente la medianoche del viernes. Tony me recogió en mi apartamento, en un Town Car a las siete, e inmediatamente me dio un vaso alto de whisky para que me entonara durante el viaje. Nos sentamos atrás mientras Jimmy Fist iba delante con el conductor.

Me alegré de que el gordo de mierda no se sentara con nosotros en la parte de atrás. No me apetecía tratar con él.

—Entonces, ¿cómo funciona esto exactamente? —Me acomodé en el asiento de cuero con la bebida apoyada en la rodilla.

Sostuve el vaso apretado en la mano para mantenerlo firme. Estaba algo nervioso. Nunca había estado en la subasta de una mujer virgen y no estaba seguro de si iba a pujar, porque encontraba bastante desagradable hacerlo por carne humana. De todas formas, tenía curiosidad

por todo el proceso y la posibilidad de que no terminara la noche solo.

Tony dijo que funcionaba como una subasta normal. Se encogió de hombros y dio un trago a su bebida con gesto aburrido.

—Antes puedes conocer a las chicas y comprobar la mercancía. Las vestimos con unos pequeños camisones transparentes para que no veas por lo que pujas, hasta que comience la subasta. No se toca, solo se mira y se conversa.

—¿Y cómo saben los postores que las chicas son vírgenes?

—Porque tenemos un doctor que las revisa y emite un certificado de autenticidad.

Me atraganté y el licor se me salió por la nariz. Quemaba el hijo de puta y me quedé boquiabierto, mientras me pellizcaba la nariz.

—No puedes hablar en serio.

Sonrió.

—Tan en serio como un ataque al corazón. Los chicos no van a pagar medio millón de dólares por un coño virgen sin pruebas.

—Cristo —murmuré con el vaso en los labios—. No puedo creer que te haya dejado convencerme de esto.

—Me lo agradecerás el lunes. Espero que hayas traído tu talonario.

Lo miré seriamente.

—¿De verdad crees que voy a pujar por la virginidad de una chica al azar?

—Sí, lo creo, primo —dijo con una sonrisa. Levantó su vaso y brindó por mí—. Espera a ver lo que tengo preparado para ti. Nada por debajo de un diez. El mejor coño de grado A de la USDA que el dinero puede comprar, solo para ti.

—¿Lo has hecho? ¿Has comprado la virginidad de una chica?

—Varias veces —asintió, con un trozo de hielo en la boca—. Y cada vez ha sido una maldita experiencia espiritual. Uno pensaría que una virgen sería muy tímida y temerosa. ¡Mentira! Deja rasguños y marcas de mordeduras por todo el cuerpo. Confía en mí, te va a encantar esta mierda.

—Si tú lo dices. —Sonreí con ironía.

No tenía ni idea de si mentía o no. Nunca había estado con una virgen, así que no tenía idea de qué esperar. Conociendo a Tony, sería mentira. La chica podía sentir miedo al estar conmigo y gritar todo el tiempo. Su virginidad estaba en venta, pero no había garantía de que ninguna de las partes disfrutara consumando el trato.

Tony me miró con una mueca burlona.

—Tengo que advertirte de que una mujer virgen es altamente adictivo. Más adictiva que el crack, incluso. Algunos de los chicos que van a estar allí son clientes habituales y estarán dispuestos a gastar su último millón para alimentar su ansia de coño virgen. Así que prepárate

para buscar bien en tus bolsillos.

Después charlamos de fútbol, luego de coches y de otra docena de cosas en las que gastar el dinero como jóvenes ricos que somos. El único tema del que nunca hablamos es del negocio familiar. Yo operaba en los márgenes mientras él estaba metido hasta el cuello en él.

Sabía que mi abuelo Luigi y mi tío Gino preparaban a Tony para que se hiciera cargo de la familia algún día. A mi padre no le gustaba el hecho de que me pasaran por alto, pero a mí me parecía bien. Les había dicho a los dos, muchas veces, que no me interesaba cómo se ganaban la vida.

Mi abuelo amenazó con cortarme a trozos y mi padre amenazó con repudiarme, pero cuando se dieron cuenta de que yo no era como ellos y que iba a hacer lo mío, les gustara o no, cedieron y me desearon lo mejor.

Además, Tony era el siguiente en la fila detrás de mí y antes que los otros primos. Tony comió, vivió, respiró y cagó el negocio familiar. Era la elección lógica para hacerse cargo, cuando su padre le pasara el mando. Solo esperaba que Tony madurara antes de ese día, para darse cuenta de que no tenía que usar la violencia y la intimidación para conseguir lo que quería. Aunque, a veces creía que disfrutaba, siempre y cuando tuviera a Jimmy Fist y otros matones cumpliendo su voluntad.



Poco después, pasamos por las enormes puertas de hierro que custodiaban dos hombres grandes vestidos con trajes oscuros. Podían verse sus cartucheras que sobresalían de sus brazos, mientras revisaban los coches antes de dejarlos pasar. Vieron a Jimmy en el asiento delantero y nos hicieron señas para que pasáramos.

Hacía años que no iba a la finca, pero había cambiado poco. Eché un vistazo por la ventana a los jardines perfectamente cuidados e iluminados por la luna llena, y la gran casa solariega de delante que estaba iluminada como un árbol de Navidad.

La construcción tenía más de cien años, era de piedra caliza cortada y mármol italiano. No podía recordar los metros cuadrados, pero sabía que había veinte habitaciones y casi los mismos cuartos de baño. También había una cocina, un comedor para más de dos docenas de comensales, un enorme salón de baile, otro de banquetes y varios estudios, cubículos, rincones y grietas que Tony y yo solíamos explorar cuando éramos niños.

Fue una vez la finca de nuestros abuelos. Ahora, vivían con el tío Gino y la tía Úrsula y la casa solo se usaba para actos relacionados con negocios familiares privados y la subasta de la Virgen. Desde fuera, parecía más una mansión señorial del sur de Francia que la finca de una familia criminal americana.

El coche nos dejó en la puerta principal. Salí y me paré en la entrada de piedra, al tiempo que me ajustaba los puños de mi traje Armani y enderezaba el cuello abierto de mi camisa. Tony salió del coche con una bebida en la mano y me indicó que le siguiera dentro.

Atravesamos el amplio porche delantero y pasamos a un vestíbulo abierto, con suelos de mármol y una gran escalera. La música clásica suave sonaba desde unos altavoces ocultos. Había un hombre vestido con un uniforme de mayordomo justo detrás de la puerta. Nos dio a cada uno lo que parecía un colorido folleto e hizo un gesto hacia la gran puerta a su derecha, que llevaba al salón de baile.

—¿Qué es esto? —Abrí el folleto para encontrar que contenía fotos profesionales de las doce chicas que se subastaban esa noche, así como una breve biografía de cada una—. ¿Un catálogo? ¿En serio?

—También podemos enviar la información a una aplicación en tu teléfono si lo prefieres. — Tony sonrió—. Vamos, guarda esa maldita cosa y vayamos a revisar el género.

Lo guardé en el bolsillo interior de mi chaqueta y seguí a mi primo hasta el salón de baile.

Había una treintena de hombres en la sala, todos con trajes caros, enormes relojes Rolex y anillos de boda, haciendo las rondas para conocer a cada una de las doce chicas que estarían en la subasta en pocas horas. Mantuve mi posición junto a la puerta y observé con atención.

Las mujeres eran todas hermosas e iban prácticamente desnudas. Solo llevaban unos camisones transparentes y tacones de aguja. En realidad, transparente no era una descripción exacta. Los camisones no dejaban nada a la imaginación.

Había una gran variedad para elegir: altas, bajas, delgadas, de gran figura, rubias, morenas, pelirrojas, pálidas y de piel bronceada, tetas pequeñas, tetas grandes, pubis rasurados, sin vello. Estaban e pie, en pequeños elevadores que las hacían más altas que los hombres, como la carne colgada en el escaparate de una carnicería.

—¿Ves algo que te guste? —preguntó Tony, golpeándome con el codo. Levantó el vaso y extendió un dedo hacia una chica negra alta con un cuerpo tan perfecto que parecía retocado con *photoshop*—. Maldición, mírala —chasqueó la lengua—. Creo que es una modelo. ¿Te apetece un poco de carne oscura?

—Eres un cerdo, Tony —repliqué, aunque mis ojos quedaron enganchados en su cuerpo negro.

La miré de arriba abajo, desde sus perfectas tetas con sus pezones oscuros hasta la pequeña franja de rizos justo encima de su clítoris. Sus piernas eran largas y su cuerpo delgado e impecable. Parecía cómoda, a pesar de estar expuesta.

Puso las manos en sus caderas y sonrió al círculo de hombres que se reunían a su alrededor. Me costaba creer que fuera virgen. Estaba seguro de que una chica como aquella debía tener un puñado de hombres peleándose por ella.

—¿Qué tal una pelirroja? — Tony señaló a otra.

Aquella era pechugona, con unas tetas como melones con areolas del tamaño de pelotas de béisbol y pezones tan gruesos como mi pulgar. Llevaba gran cantidad de vello rojizo entre las piernas.

—No me gustan mucho las pelirrojas.

Llegó un camarero con una bandeja y tomé una copa de champán. Mientras me acercaba la copa a los labios, vi a una rubia preciosa al otro lado de la habitación. La joven hacía todo lo posible para parecer *sexy*, aunque se notaba que estaba incómoda, de pie y desnuda en un podio en una habitación llena de hombres.

La observé por un momento. Estaba nerviosa, con una mirada de pánico. Varios hombres se la comían con los ojos y ella hizo lo que mejor sabía, sonreír, a pesar de estar cohibida. Se cubrió los pechos con los brazos y los dejó caer en cuanto se dio cuenta de lo que hacía. Supuse que había sido instruida en cómo pararse, sonreír y hablar con los asistentes.

No supe explicar por qué, pero sentí la repentina necesidad de ir hacia ella y protegerla; de asegurarle que para el lunes podría dejar todo aquello atrás y comprarse una casa con su parte de las ganancias.

—Esa es la amiga de Bethany —advirtió Tony, inclinándose para golpearme con el brazo—. ¿Recuerdas a Bethany del club?

—Probablemente, reconocería la parte superior de su cabeza —admití, sin quitarle los ojos de encima a la rubia.

—No, no la chica con el hueco. —Puso cara de asco—. La camarera, Bethany. Pelo oscuro, tetas grandes, le gusta fuerte por el culo.

No tenía ni idea de quién coño estaba hablando, pero asentí de todos modos, bebí champán y la miré fijamente a los ojos, esperando a ver si me miraba a mí. No lo hizo. Hacía lo que podía para sonreír y charlar con los hombres a su alrededor.

Nunca había visto a una mujer tan preciosa y tan incómoda. Por supuesto, estaba prácticamente desnuda de pie en un podio frente a una habitación llena de extraños lujuriosos que pronto pujarían, por el derecho de meterle su gorda y maloliente polla en su apretado coño y diezmar su virginidad.

Me preguntaba si habría tenido sexo antes. Tony, mi experto, me explicó que «virgen certificada» significaba que el himen de la chica estaba intacto, no que nunca hubiera tenido una polla en las manos, la boca o el culo. Me dijo que no era inusual que las chicas de hoy en día tuvieran sexo anal y chuparan penes todas las noches de la semana y aún se llamaran vírgenes.

No lo comprendí y sacudí la cabeza.

Yo me acostaba con mujeres maduras que eran tan experimentadas y aventureras como yo. Probablemente no sabría qué hacer con una virgen, pero podría ser divertido averiguarlo.

—Es preciosa —susurré.

Saqué el folleto del interior de mi chaqueta y lo abrí. Encontré su foto y su biografía en la cuarta página. La foto era de modelo estándar. Miraba a la cámara con una ligera inclinación en la cabeza, como si fuera demasiado tímida para hacerse una foto, pero emocionada por ello.

Su largo cabello rubio cubría un hombro desnudo. Sus ojos azules se mostraban entornados al sonreír. Tenía pómulos altos y labios llenos y apetecibles. Su expresión era a la vez vacilante y seductora, como una caja de Pandora esperando a ser abierta para que sus secretos, buenos y

malos, pudieran derramarse.

Ignoré a Tony por un momento y en silencio leí su biografía.

Katrina Anne Donovan

Veintiún años. Un metro ochenta centímetros de altura y cincuenta y seis kilogramos. Rubia natural, ojos azules, tez clara, descendencia irlandesa.

Ocupación: camarera, estudiante universitaria que trabaja para obtener un título en medicina.

Le gusta: películas románticas, paseos por el parque, acurrucarse junto al fuego, los New York Jets.

No le gusta: Los hombres arrogantes, los estúpidos, los Gigantes de Nueva York.

Nacionalidad: ciudadana estadounidense, residencia en Nueva York.

Virgen certificada.

Sonreí por sus comentarios. Si ella odiaba a los hombres arrogantes y a la gente estúpida, estaba en el lugar equivocado. Guardé el folleto en mi chaqueta y la miré, mientras terminaba la copa de champán.

Se esforzaba por ser cordial, pero me di cuenta de que le resultaba difícil. Probablemente le habían dicho que cuanto más amistosa fuera con los hombres, más altas serían las ofertas para el momento de la acción.

Las otras chicas se reían y bromeaban y adoptaban poses seductoras. Una de ellas, una morena pequeña con enormes tetas y acento de Jersey, extendía los muslos y sosteniendo su pubis con las puntas de los dedos para dar a los clientes una mirada más cercana al coño por el que estaban pujando.

Katrina Donovan, por otro lado, estaba de pie con las piernas apretadas y las manos en forma de puños a los lados. Era fácil decir que hubiera preferido estar en cualquier lugar menos donde estaba en aquel momento.

—Ella es un poco estrecha, pero una maldita nena —observó Tony con una al darse cuenta de que me interesaba por una de las que él llamaba «género»—. Probablemente tiene un coño tan apretado que te frotará la piel de la polla.

—Eres un romántico, Tony. —Lo miré con censura.

—A la mierda el romance. —Me dio otro codazo. Si seguía así, terminaría la noche magullado de tantos golpes con el codo—. Ve y habla con ella —me animó junto a mi oreja.

—Lo haré. —Esta vez lo golpeé yo—. Dame un minuto.

Resultó un poco ridículo la forma vacilante en la que me acerqué a ella. Había estado con más mujeres de las que podía contar y nunca había tenido problemas para acercarme a ellas.

Pero mientras miraba a Katrina Donovan, que se tapaba con las manos el vello rubio que cubría su pubis y forzaba una sonrisa nerviosa a los hombres que la rodeaban, me sentí como un colegial empollón, reuniendo el valor necesario para pedirle a la chica más guapa del colegio que bailara.

Un camarero se acercó y saqué dos copas de champán de la bandeja. Miré a Tony, suspiré profundamente y le dije que me deseara suerte.

—La suerte no tiene nada que ver, hijo de puta —espetó por detrás—. ¡Todo es por el dinero!

Capítulo 7

Katrina

¿En qué diablos me había metido?

¿Y cómo podía salir de allí?

Esos fueron los únicos pensamientos que corrían por mi mente, mientras estaba de pie en un pequeño podio, prácticamente desnuda en una habitación llena de hombres que me miraban con los ojos como... como... bueno, ¡no sé qué!

Decir que me sentía como un pedazo de carne colgado en la ventana de una carnicería habría sido una subestimación. Estaba expuesta, completamente vulnerable, indefensa, y muy sola. Allí, parada, cubierta solo con un camisón transparente y unos tacones de aguja de seis centímetros con los que apenas podía caminar, estaba horrorizada y, si era sincera, también excitada. Aquello se parecía mucho al sueño que había tenido, solo que los hombres que me miraban embobados, llevaban trajes caros y vasos en las manos en lugar de pollas enormes.

Era casi cómico la forma en que trataban de iniciar una pequeña charla, como si estuviéramos en un cóctel discutiendo el clima o los eventos actuales, todo mientras me miraban las tetas con miradas tan lujuriosas que me daban ganas de vomitar.

—Así que, Mejillas Dulces —dijo un hombre bajo y rechoncho con pelo gris y cejas tupidas. Sonrió y me mostró unos dientes grandes que me provocó un estremecimiento—. ¿Qué harás con el dinero que ganes aquí esta noche? —Se inclinó y bajó la voz—. Y no me vengas con el cuento de que tu madre se está muriendo de cáncer o que estás a punto de perder la casa de la familia. ¿Qué vas a hacer realmente con eso? ¿Ir de compras? ¿Coche nuevo? ¿Viaje a Europa?

—Mi madre murió de cáncer, maldito imbécil —le dije, mirándolo desde mi posición alta. Pensé que podría bromear sobre aquello, pero no lo encontraba nada divertido. Mis fosas nasales se abrieron como las de un toro loco y gruñí—: Y nunca he tenido un hogar familiar, así que vete a la mierda.

Arqueó las cejas, frunció el ceño y sus mejillas se pintaron de rojo brillante—. Pequeña puta. Puede que te compre para enseñarte modales.

Estaba a punto de decirle que se fuera a la mierda otra vez, cuando me di cuenta de que la mujer mayor que estaba a cargo de la subasta me echó un ojo. Se llamaba Lois algo así. Debía tener unos cincuenta años, tenía el pelo teñido de negro azabache, iba maquillada como si hubieran usado una paleta y su mirada era la de un instructor de ejercicios de la Marina.

Intenté recordar todo lo que nos había dicho durante la orientación. Sonreír, ser amables, hablar con ellos, seducir. No cubrirse con las manos o brazos y echar los hombros hacia atrás. Sacar pecho, las piernas abiertas y si un tipo pedía ver nuestro coño, mostrárselo, pero sin

permitir que lo tocara. Si alguien se salía de la fila, debíamos dar un grito y seguridad lo acompañaría a la salida. Teníamos que recordar que, cuanto más *sexy*, ganaríamos más dinero. Lo repetió como si fuera el mantra de la puta.

Forcé una sonrisa y le hice señas con la mano al bastardo grasiento.

—Solo estoy bromeando contigo —dije, tratando de no ahogarme con las palabras. Preferiría acortarme las venas antes que darle a aquel imbécil mi virginidad, pero me había metido en aquel lío y estaba decidida a terminarlo. «Solo piensa en el dinero», dijo Bethany. Piensa en el dinero. Eso es todo lo que importa. Me apoyé en las rodillas y sonreí—. Me encantaría aprender de ti, si el precio es razonable.

—Bueno, eso está mejor —resopló y movió las cejas—. Me gusta una chica fogosa. —Se inclinó lo suficiente para que pudiera oler el licor en su aliento y el sudor en su cuello—. Y penetrarla por el culo.

—Uhm, es bueno saberlo —dije, mientras sus ojos bajaban a mis pechos y se quedaban fijos en los pezones, que estaban llenos y puntiagudos, a pesar de mi vergüenza.

Luego se fue a molestar a otra chica. Intenté limpiarme el sudor del labio superior sin que nadie lo viera. El sudor de los labios no tiene nada de *sexy*. Y tenía que ser sensual, si quería sacar un precio alto, aunque me muriera de la vergüenza.

Probablemente, los hombres pensaban lo contrario, pero no encontraba nada *sexy* en estar desnuda en un cuarto lleno de mirones. Estaba desnuda y en exhibición, como un animal en el zoológico, solo que no estaba allí para que me miraran. Estaba allí para ser penetrada e invadida de la manera más íntima, mi himen sería perforado con violencia, mi virginidad pasaría a ser algo del pasado.

Me sentí muy sola, aunque la habitación estaba llena de gente. Tuve que forzarme a sonreír, aunque tenía ganas de llorar. No dejaba de recordarme a mí misma que en unos días tendría el dinero para pagar las deudas de mi padre y mi primer semestre en la escuela.

«Piensa en el dinero».

Solo se trataba de dinero.



No sabía cómo o por qué, pero sentí como si alguien me estuviera observando. No mirando mi cuerpo de forma lujuriosa como los otros hombres de la habitación, sino mirándome de forma protectora. Era difícil de explicar, pero no podía quitarme la sensación. Miré alrededor y lo vi a él, la fuente de mi paranoia, un hombre que me miraba desde el otro lado de la habitación.

El pequeño podio era lo suficientemente alto como para poder ver por encima de las cabezas de los hombres que estaban justo delante de mí. El que me observaba era alto y de hombros anchos, llevaba un traje oscuro y una camisa blanca abierta en el cuello. Su tez era oscura, al igual que su pelo y sus ojos.

Era de lejos el hombre más guapo de la estancia, quizás el más guapo que había visto nunca, y era diferente a los demás, como si no estuviera destinado a estar allí. Sin embargo, parecía fascinado por lo que veía. Pensé que era la clase de hombre que podría conseguir a la mujer que quería sin tener que comprar su virginidad.

Cuando notó mis ojos, cambió la mirada hacia otro lado. Estaba de pie, junto a un tipo flaco con un traje azul brillante que parecía un personaje de Los Sopranos. A su lado, había un tipo musculoso, embutido en un traje que daba la impresión de que fuera a reventar las costuras en cualquier momento.

Cuando el guapo desconocido miró hacia otro lado, regresé la atención hacia los hombres reunidos frente a mí. Uno con un tupido cabello negro, frondoso bigote y unos fríos ojos azules comenzó a hablarme. Su acento era más fuerte que el pelo sobre su labio.

—Lo siento, ¿qué ha dicho? —Le sonreí de forma que perdí la mayor parte de la energía que me quedaba.

—Tu culo —repitió con voz profunda y grave—. ¿También es virgen?

Parpadeé.

—¿Perdón?

Había un hombre gordo y bajo a su lado. Sostenía una bebida que removía con una pajita mientras me miraba las tetas. Tenía pinta de contable o tal vez de abogado. Su sonrisa me recordó a los raros que se encuentran en el metro a altas horas de la noche.

—Mi amigo ruso pregunta que si tu culo también es virgen —dijo el gordo de mierda—. Quiere saber si su polla sería la primera en entrar en tu culo y tu coño.

—Un dos por uno —explicó el ruso con una amplia sonrisa que reveló una boca llena de dientes torcidos. Levantó dos dedos gruesos con los nudillos hacia mí y los movió en el aire.

¿Qué si mi culo también era virgen? ¿En serio? ¿Quién coño hace una pregunta así? ¿Estaba realmente dispuesto a pagar más por ser la primera polla que me metieran en el culo?

¡Jesucristo, no sabía que mi culo estaba en venta! Nunca había hecho algo así antes y no estaba segura de querer hacerlo. Quiero decir, aquello era una salida, ¿verdad? No una entrada. Tenía la sensación de que si me ganaba en la subasta, se saldría con la suya sin importar lo que yo tuviera que decir al respecto. Mientras sus ojos se quemaban en los míos, sentí las mejillas de mi culo apretarse.

De repente me sentí como Alicia en el País de las Maravillas. No estaba tratando con la malvada Reina de Corazones, pero estaba rodeada de un montón de locos hijos de puta, aunque no recordaba que el Sombrerero Loco le preguntara a Alicia si su culo también era virgen.

—Mi culo no está en venta —repliqué, entornando los ojos—. Si te gustan tanto los culos, vete a la mierda.

Se miraron un momento y luego se rieron a carcajadas. El gran ruso me saludó con la mano. Se estaba riendo, pero sus palabras me dieron un escalofrío en la columna vertebral.

—Maldita puta loca. Te compraré y te follaré hasta que grites. Después, te pondré a trabajar

como una maldita perra.

—Disculpen, amigos. —Una voz interrumpió desde atrás del ruso.

Los dos tipos se volvieron para encontrar al hombre guapo que me había estado observando desde el otro lado de la habitación. Les sonreía con una copa de champán en cada mano.

—¿Qué cojones quieres, chupapollas? —gruñó el ruso.

Su amigo gordo extendió una mano para callarlo.

—Dimitri, este es Nicky D'Angelo —le dijo con cautela—. ¿Cómo estás, Nicky?

—Bien, Roger —repuso con una sonrisa—. ¿Disfrutando de la fiesta?—

No tenía ni idea de quién era el guapo desconocido, pero por alguna razón había puesto nervioso al gordo. Sin embargo, el ruso no parecía impresionado.

El que se llamaba Roger parpadeó como si tuviera algo en el ojo.

—Uh, sí, estamos disfrutando mucho.

—Bien, ahora, si no le importa, me gustaría hablar con la joven. — La sonrisa se desvaneció lentamente de sus labios y puso sus ojos en el ruso—. Señores, vayan a buscar a alguien más a quien molestar.

—Claro, Nicky —dijo el gordo, forzando una risa nerviosa—. Me alegro de verle. Dimitri, vamos a ver a las otras chicas.

No pude ver la cara del ruso cuando le dijeron que fuera a molestar a alguien más, pero noté que su cabeza se movió un poco hacia un lado. Me miró como un lobo que ve escaparse a un cervatillo y siguió a su amigo hasta la siguiente chica de la fila.

—Nunca puedo decidir quiénes son más gilipollas; los abogados o sus clientes rusos —comentó mi salvador con una sonrisa, la primera que había visto en toda la noche que no parecía tener una agenda detrás. Me ofreció una de las copas de champán—. ¿Sedienta?

—Se supone que no debemos beber —Doblé los brazos sobre mis pechos, luego los dejé caer rápidamente a los lados y apreté las manos en dos puños para permanecer quieta—. Debemos permanecer sobrias para la subasta. Aunque sería mucho más fácil si estuviéramos borrachas. Al menos para mí.

—Ah, eso tiene sentido —Me miró a los ojos y arqueó las cejas—. Soy Nicky D'Angelo. ¿Y tú eres?

—Katrina. —Noté que me ponía colorada como una colegiala que era invitada a bailar por el chico más guapo de la clase.

Aunque estaba desnuda y no lo conocía de nada, me encontré sin querer cubrirme delante de él. Quería que me mirara los pechos y los pezones duros y el pubis bien recortado, el culo prieto y las piernas torneadas. Quería que observara cada centímetro de mi cuerpo y luego lo explorara con las manos y la boca.

Sentí un calor húmedo creciendo entre mis piernas.

—No estoy seguro de lo que se supone que debemos hablar — dijo, frunciendo el ceño de forma juguetona—. Quiero decir, ¿debo preguntarte sobre tus hobbies o tus películas favoritas o cómo planeas gastar el dinero o...?

—Tampoco estoy segura. —Sonreí de verdad, por primera vez desde que llegué a la mansión. Miré alrededor y agité la cabeza—. Nunca he hecho nada como esto antes.

—Yo tampoco —aseguró con la copa de champán en los labios—. Si no te importa que te pregunte, ¿por qué lo haces?

—Necesito el dinero para la universidad. Y para pagar algunas deudas familiares.

—Ah, genial, ¿qué vas a estudiar?

—Quiero hacer investigación sobre el cáncer. —No me di cuenta en ese momento, pero estaba de pie con las manos detrás de la espalda, rotando mis caderas de lado a lado como una niña pequeña hablando de lo que quería ser cuando creciera. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, crucé las manos delante de mí y me dije que me quedara quieta.

—Eso es genial. —Brindó por mí con el vaso—. Tengo un gran respeto por la gente como tú.

—¿Qué clase de gente es esa? —Lo miré a los ojos y sentí que el mundo se desmoronaba alrededor. Era como si tuviera visión de túnel y la oscuridad lo hubiera engullido todo. A pesar de que la habitación estaba llena de ruido y actividad, él era lo único que podía ver.

—Gente que se preocupa por los demás. —Hizo un gesto pensativo—. Enfermeros, doctores y doctoras, trabajadores sociales, profesores... Tengo un gran respeto por la gente que hace ese tipo de cosas.

—¿A qué te dedicas? —Pregunté.

—A eso no —dijo de golpe. Me miró fijamente un momento, como si no se le ocurriera nada más que decir. Luego se aclaró la garganta y me hizo una seña con la cabeza—. Bueno, buena suerte, Katrina. Ha sido un placer conocerte. Espero que saques de la vida todo lo que te mereces.

—Gracias. —Me pareció extraño que me dijera aquello, dadas las circunstancias. Tal vez estaba tan nervioso como yo—. También ha sido un placer conocerte.

Quise añadir: «Y por favor, cómprame. Por favor, por favor, por favor cómprame».

Un momento después, la mujer que dirigía la subasta vino a decirme que estaban a punto de empezar y que debía seguirla. Me bajé del podio con cuidado y junto con las otras once chicas, la seguí hasta el frente de la sala, donde nos alineamos una al lado de la otra. Yo era el número cuatro en la fila, al igual que mi biografía en el folleto.

—Bien, chicas —dijo, dirigiéndonos con sus manos huesudas—. Quitaos los camisones y formar una fila. La subasta está a punto de comenzar.

Capítulo 8

Nicky

—Comienza la diversión —dijo Tony con un regocijo diabólico en su voz.

Las chicas se habían quitado los camisones transparentes y se alineaban una al lado de la otra, como concursantes en un concurso de belleza. Algunas de ellas tenían poses llamativas y *sexys*, otras parecían incómodas y Katrina, la chica guapa con la sonrisa suplicante que no podía apartar los ojos, parecía como si quisiera literalmente correr gritando.

Me di cuenta de que hacía todo lo posible por mantenerse quieta, pero seguía levantando los brazos para cubrirse y luego los bajaba a la fuerza, moviéndose de un pie a otro y tirando del largo pelo rubio que le cubría el hombro izquierdo, como si pensara que podía cubrirse con él.

Reconocí a la mujer que dirigía la subasta. Se llamaba Lois Perkins, una antigua stripper de los tiempos del tío Gino. Les daba instrucciones y hablaba con las manos, como un *quarterback* a su equipo.

Bebí una copa de champán fresco y eché un vistazo a la habitación. Había unos treinta o cuarenta hombres que miraban a las chicas y sonreían como lobos antes de una matanza. El gran ruso y su abogado estaban parados al otro lado de la habitación, mirándome y susurrando. Cuando Dimitri se dio cuenta de que lo miraba, sonrió y levantó el dedo corazón.

—¿Quién es ese? —pregunté a Tony, asintiendo en dirección al ruso.

—Dimitri Popov —explicó mi primo, mientras enmascaraba sus palabras detrás del cristal. Le llaman Dimitri *El Navaja* porque le gusta cortar cosas. Un verdadero psicópata chupapollas, un matón de la mafia rusa. No te acerques a él. Es como una enfermedad. Si pasas suficiente tiempo a su lado, enfermas y mueres.

—Creo que va a pujar por la rubia. —Me giré hacia Tony para que el ruso no me viera hablar—. ¿Hace daño a las chicas?

Tony suspiró y miró a Jimmy Fist, que de forma inusual rompió su silencio para decir:

—Hace daño a todo el mundo.

—Es bueno saberlo —aseveré, volviéndome hacia las chicas. Miré la dirección de los ojos del hombre y comprobé que él y su amigo miraban a Katrina con malos pensamientos.

—Dime cómo funciona esto —pedí a Tony.

—Lois llamará a las chicas, una por una, para que se paren en el podio. —Señaló a las jóvenes y a la tarima que tenía una altura de unos sesenta centímetros—. La oferta inicial es de cien mil dólares con aumentos mínimos de veinticinco mil. No hay límite en la cantidad de dólares

de aumentos, así que puedes subir más de veinticinco de golpe, si quieres. Lois lleva a cabo la acción hasta que la puja esté hecha, entonces el mejor postor se queda con la chica por el fin de semana.

—¿Y luego qué?

—La puja incluye el uso de una suite arriba, para el fin de semana donde el trato se consuma, por así decirlo. La chica es tuya hasta la medianoche del domingo. Si la chica quiere irse contigo después, puede hacerlo, pero tiene que quedarse el fin de semana para que podamos garantizar su seguridad. Si se va antes de la medianoche del domingo sin una razón válida, pierde el dinero.

Fruncí el ceño sin comprender.

—¿Ha sido eso un problema en el pasado? ¿La seguridad de las chicas?

—Pusimos esa regla cuando empezaron a venir a la subasta los rusos. Su voz sonó amarga—. Pujaban por una chica y nadie la volvía a ver. O aparecía trabajando como puta o bailarina en uno de sus clubes. Es malo para el negocio cuando una chica termina chupando pollas en un burdel ruso en Pittsburgh. —Miró a Dimitri y sacudió la cabeza—. Malditos imbéciles.

—Caballeros, bienvenidos —saludó Lois, volviéndose hacia la multitud y juntando las manos entre sus pechos—. Si es su primera vez en la Subasta de la Virgen, bienvenidos. Si son clientes habituales, bienvenidos de nuevo. —Extendió los brazos y nos dio a todos una gran palmada. Cuando nadie aplaudió junto con ella, dejó su expresión seria y volvió a enrollar los brazos—. Para nuestros primeros clientes, estas son las reglas. —detalló a la multitud lo que Tony me había dicho, marcando las normas con sus dedos flacos y omitiendo cualquier mención de chicas desaparecidas y burdeles rusos.

Cuando terminó, se dirigió a la primera chica de la fila, una pelirroja flaca con tetas demasiado grandes para su delgado cuerpo y un pubis con mucho pelo del mismo color que el de la cabeza.

Lois extendió una mano hacia la chica y la condujo al podio. Luego la sostuvo mientras subía y se paró, completamente desnuda, ante la multitud, con las manos en la espalda y la barbilla levantada de forma orgullosa.

—Caballeros, si miran el folleto para los detalles, esta es Candace. Tiene veintiún años, es pelirroja natural como pueden ver y está lista para ofrecer su virginidad al mejor postor. La puja comienza en cien mil dólares. ¿Quién me dará una oferta inicial?

Me sorprendí cuando un caos controlado se desató a mi alrededor. Las manos estaban en el aire por hombres dispuestos a gastar dinero en efectivo por coños vírgenes calientes.

Lois escudriñaba continuamente la habitación con los brazos extendidos frente a ella. Su mano derecha estaba abierta y se movía entre la multitud, buscando al siguiente postor. Su mano izquierda formaba un puño y la dirigía al mejor postor hasta el momento. Por mi vida, no sabía cómo se mantenía. Ella repetía cada cantidad que decía cada postor: «ciento cincuenta mil, gracias, señor» e inmediatamente pedía una oferta más alta. «¿Quién me dará ciento setenta y cinco?».

Los postores se rieron y bromearon entre ellos, como si todo fuera una buena diversión.

Finalmente, en una puja alta de doscientos mil dólares, la pelirroja fue subastada a un hombre bajito y calvo que reconocí de Wall Street, un tipo que sabía que estaba casado y tenía seis hijos y un par de amantes. Sonreía mientras se acercaba a la chica con la mano extendida para ayudarla a bajar del podio.

—Felicitaciones, señor, por favor, diríjase al caballero de la puerta para cubrir su oferta y obtener la llave de su suite.

—Bastante interesante, ¿eh? —Tony me golpeó con su hombro—. Es un maldito subidón de adrenalina cuando estás pujando.

—Estoy seguro —dije sin dejar de vigilar a Katrina, que era la cuarta chica de la fila, una detrás de la chica negra con cuerpo de modelo.

Terminé despacio mi bebida y fingí estar desinteresado, mientras las dos chicas siguientes iban por más que la pelirroja. La modelo aportó medio millón de dólares, yendo a un tipo que llevaba un traje de Armani y un pañuelo negro con un turbante en la cabeza, como un jeque árabe. Cuando Lois llevó a Katrina al podio, le di mi vaso vacío a un camarero que pasaba y froté las manos sudadas.

—Sabía que ibas a pujar —advirtió Tony muy alegre y golpeándome con su hombro. Miró al ruso y el humor se evaporó de su voz—. Dimitri va a pujar.

Mantuve los ojos en Katrina.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sabe que estás interesado.

Miré al ruso y me sonrió. Esta vez levantó dos dedos y metió la lengua entre ellos. En ese momento supe que iba a llevar a Katrina arriba para pasar el fin de semana conmigo sin importar el costo.

Uno, porque la encontraba muy *sexy* y solo podía imaginarme las delicias que podía obtener de su exquisito cuerpo.

Dos, porque el ruso iba a intentar ganarla solo para fastidiarme y, si ganaba, pagaría su ira con ella y solo Dios sabía qué más le haría.

Y tres, cuando miré a los ojos de Katrina vi a una chica que no pertenecía allí más que yo. Era preciosa, inteligente y divertida y muy *sexy*. No era una caza fortunas que vendía su cuerpo por dinero. Lo necesitaba para construir su vida, no para desperdiciarlo en vacaciones y coches, o mierdas frívolas que a chicas como ella no le importaban.

Sus ojos me suplicaban, rogándome que la ganara y la llevara a un lugar seguro, y me ofreció una pequeña sonrisa, como si me hubiera leído la mente. Ambos sabíamos que antes de que la noche terminara ella iba a ser mía, sin importar el costo.



Katrina estaba desnuda en el podio con los brazos detrás de ella y miraba hacia el suelo. Su pecho se elevaba mientras luchaba por mantener la respiración estable. Apretó los muslos como si tratara de evitar que un invasor se abriera paso dentro de ella.

—Caballeros, esta es Katrina, una rubia natural de veintiún años, certificada como virgen en todos los sentidos. —Lois sonrió y se llevó una mano a un lado de la boca, como si estuviera contando un secreto—. Eso significa que nunca ha tenido una polla en ningún agujero, chicos. — Los hombres se rieron. Quería clavarle los dientes en la garganta, donde estaba seguro de que mi tío Gino había depositado su semilla muchas veces en el pasado. Levantó las manos como una oradora—. Ahora, que la puja comience en cien mil dólares. ¿Quién ofrece cien mil dólares?

Una ráfaga de manos se disparó al aire y la puja alcanzó rápidamente los doscientos mil dólares. Estaba a punto de levantar la mía cuando sentí que alguien me agarraba la muñeca por detrás.

—Todavía no, primo —aconsejó Tony en voz baja, sujetándome la muñeca—. Espera a que el viejo murciélago empiece a hacer las ofertas definitivas y luego entras en picado. De lo contrario, solo estarás subiendo el precio.

Le miré por encima del hombro y asentí con la cabeza. Las cantidades siguieron subiendo. Vi a Katrina mientras los números se iban cantando, escuchaba cada oferta y miraba hacia el suelo con rapidez.

Doscientos cincuenta mil.

Doscientos setenta y cinco.

Entonces, tan rápido como había comenzado, la licitación se detuvo. Mi corazón se apretó en mi pecho cuando Lois dirigió su puño al ruso y dijo:

—Usted, señor, tiene la oferta más alta en doscientos setenta y cinco mil dólares. —Barrió la habitación con la mano derecha—. ¿Oigo trescientos mil? ¿Trescientos mil? Tengo doscientos setenta y cinco, ¿oigo tres?

—Termínala, vieja —gruñó el ruso, saliendo de la multitud con su vaso en alto como un gladiador. Después, se giró para echar un vistazo ca los demás con una mirada amenazadora. — Está hecho, ¿verdad? Ya nadie pujará contra Dimitri. ¿Está claro? —No preguntaba si alguien más quería pujar, les advertía que no lo hicieran. Declaraba que la subasta había terminado y que era el ganador.

Lois parpadeó nerviosa. Vi que miraba a Tony y luego, rápidamente, apartó los ojos. Levantó el martillo hacia atrás, apuntando al aire. Señaló con un dedo extendido al ruso, la puja estaba terminando y Katrina iba a ser suya.

—Ahora —dijo Tony, soltando mi mano.

—Trescientos mil —grité la oferta y levanté mi mano al aire como Braveheart guiando a sus hombres a la batalla.

Lois no pudo evitar sonreír mientras su puño bajaba y se fijaba en mi dirección.

—Tengo trescientos mil del señor D'Angelo. ¿Escucho trescientos veinticinco?

—¿Pujas contra mí, chupapollas? —gruñó el ruso. Su abogado gordo intentaba decirle algo, pero él lo apartó y se puso de pie para enfrentarme. Estábamos a tres metros de distancia, enfrentados como los viejos pistoleros del Oeste. La multitud dio un paso atrás como si no quisieran quedar atrapados en la lluvia de balas. El ruso me miró con dureza y subió la apuesta—. Trescientos veinticinco —escupió las palabras.

—Cuatrocientos —respondí sin dudarle. Mis ojos estaban fijos en el ruso, pero me pareció oír a Katrina jadeando por la cantidad.

—Maldito chupapollas loco —rezongó. Puso las manos en las caderas y se quitó la chaqueta de cuero que llevaba puesta. Había una cartuchera vacía enganchada a su cinturón. Supuse que las armas no estaban permitidas dentro de la subasta por aquella misma razón.

Me fijé en Katrina, que me miraba con los ojos abiertos y llenos de lágrimas. Llámalo adrenalina, llámalo valentía, llámalo pensar con la polla y no con la cabeza, me acerqué al ruso hasta que estuve a su alcance. A la misma altura. Era más ancho de hombros que yo, pero también más grueso de cintura. Tendría diez años más que yo y mucho más músculo, pero no me daba miedo, aunque sabía que era del tipo de hombre que no lucha limpio.

—Caballero, ¿oigo cuatrocientos veinticinco? —Preguntó la mujer.

Lo miré como si quisiera congelarlo.

—Bien, camarada, puja o vete a la mierda.

Sus ojos como de tiburón se estrecharon y movió la mandíbula de un lado a otro. Su pequeño cerebro sopesaba sus posibilidades. Finalmente, le hizo señas a Lois y escupió en el suelo.

Me señaló con la mano.

—Esto, entre nosotros, no se hace. —Se giró con su amigo gordo y salió de la habitación a empujones.

Ví que le decía algo a Tony, que lo siguió hasta la puerta.

—Cuatrocientos a la una —dijo. Cuando subí al podio para tomar la mano de Katrina, cerró la oferta sin más—. Vendida, por cuatrocientos mil dólares, al señor Nicky D'Angelo.

Katrina tomó mi mano y bajó con cuidado. Me quitó la chaqueta y se la puse sobre los hombros. Cerré las solapas en sus pechos y su mirada de alivio me hizo sonreír.

—Vamos —la animé mientras la conducía hacia la puerta—. Iremos arriba. Te vendrá bien un baño caliente y una bebida fría.

Capítulo 9

Katrina

Mierda...

A menos que estuviera imaginando cosas, o teniendo otro de mis sueños raros, el hombre más *sexy* que he visto en mi vida acababa de pagar cuatrocientos mil dólares por mi virginidad y un par de días de mi tiempo. Eso significaba que mi parte era de doscientos mil dólares. ¡Doscientos mil malditos dólares!

Lo mejor era que le habría dado mi virginidad gratis en la primera cita, si me lo hubiera pedido. Era así de atractivo y creo que también muy amable; aunque era difícil juzgar lo simpático que resultaba alguien, cuando pujaba por el derecho a follarte todo el fin de semana.

El tipo grande con acento ruso me asustó muchísimo. Literalmente, miraba, hablaba y actuaba como todos los mafiosos rusos que había visto en la televisión. Cuando pensé que él iba a ser el que ganaría mi fruto virginal, creo que se me secó por el miedo. Entonces él intervino e hizo que todos mis temores desaparecieran.

Mientras lo veía entregarle al hombre de la puerta una tarjeta negra de American Express y firmar el recibo de cuatrocientos mil dólares, solté el suspiro de alivio que había guardado durante horas. El hombre le dio una copia del recibo y una tarjeta que nos permitiría entrar en la suite que compartiríamos durante los dos días siguientes.

—Gracias, señor D'Angelo, y felicidades —dijo el hombre. Me miró y sonrió—. Sus cosas ya están en la habitación, señorita. Que tenga un buen fin de semana.

—Ha sido como registrarse en un hotel —observé con un temblor nervioso en mi voz—. Quiero decir, aparte de la parte de la subasta de mi virginidad.

—¿Estás bien? —Tendió su mano hacia mí, para sacarme de allí.

—Estoy bien, ahora —acepté su brazo—. No puedo agradecerte lo suficiente por haberme salvado.

—Ha sido un placer. —Caminamos hacia la gran escalera que conducía a nuestra suite en el segundo piso—. O al menos lo será. —Sonrió con timidez y eso me desconcertó. Debió sentir mi repentina tensión y empezó a disculparse—. Lo siento, ha sido una broma de mal gusto. No estoy seguro de cuál es el protocolo para estas cosas.

—No importa. —Apreté su brazo y me acerqué a él, como si fuéramos dos amantes dando un paseo.

Sabía que era una completa locura porque apenas lo conocía —en realidad no lo conocía en absoluto— pero había algo en él que me tranquilizaba, algo que me hacía querer tenerle confianza,

abrazarlo y apretarlo, dejarlo entrar en mi cuerpo, mi corazón y mi mente.

Acababa de pagar una fortuna por el derecho a ser el primer hombre que me hiciera el amor. Debía asegurarle que su dinero valiera la pena en todos los sentidos. Y quizás más.



Había dicho que esto era como registrarse en un hotel. Me equivoqué, porque nunca había visto uno tan bonito. La habitación era espaciosa, con un baño privado y una gran bañera con patas que debía tener más de cien años, y una zona de descanso frente a los miradores que daban a la parte trasera de la propiedad.

Había una cama enorme, con un cabecero de caoba tallado a mano y mesitas de noche a juego. Los muebles eran todos antiguos y lujosos, como toda la casa. Las únicas comodidades modernas eran un enorme televisor de pantalla plana sobre la cómoda y un minibar con alcohol, refrescos, zumos y aperitivos.

—Es asombrosa —dije al entrar en la habitación y esperar a que Nicky cerrara la puerta.

No podía quitarme la sensación que vendría a buscarme el tipo ruso. Esperaba que aquel lugar fuera tan seguro como Fort Knox, pero los tipos como él, no dejaban que las cerraduras y los guardias les impidieran llevar a cabo sus malas acciones.

Había metido los brazos en las mangas de su chaqueta y la mantenía cerrada a mi alrededor. Se puso de pie delante de mí y ajustó las solapas.

—No estoy seguro de cómo se supone que funciona esto —me advirtió.

—Oh no, ¿tú también eres virgen?

Parpadeó y luego sonrió.

—Eso no es lo que quise decir.

—Gracias a Dios que uno de nosotros tiene una pista —Respiré profundamente y puse mis brazos alrededor de su cuello. La chaqueta se abrió, exponiendo mi cuerpo desnudo—. Empecemos con esto.

Estaba casi tan sorprendido como yo cuando presioné mis labios suavemente contra los suyos y dejé que mi lengua se deslizara fuera de mi boca como una serpiente hambrienta. La suya salió a jugar y el beso se volvió rápidamente apasionado. Sentí un pequeño hormigueo que recorría mi cuerpo, empezando por los labios, bajando por los pechos y terminando en mi coño, que se calentaba y humedecía entre las piernas.

Suspiré dentro de su boca mientras mis pezones se hinchaban en el interior de la chaqueta. Le eché los brazos al cuello y dejé que la prenda se deslizara por ellos hasta el suelo. Volví a abrazarlo y lo besé más fuerte, probando sus labios con mi lengua.

Yo era virgen, pero no era ignorante en cuanto al sexo. Había estado con suficientes chicos

en la escuela y había visto bastante porno *online* para saber cómo funcionaban esas cosas; lo llamaba investigación. Conocía muchos movimientos, aunque nunca los había practicado. Al principio, esperaba ser una amante torpe, pero era una estudiante ansiosa, aprendía rápido y sabía que mis habilidades para complacer a un hombre crecerían con el tiempo. A partir de ese momento.

Las únicas cosas que habían estado dentro de mi coño eran mis dedos y mis juguetes, pero siempre tuve cuidado de no penetrarme hasta el punto de rasgar el velo que protegía mi virginidad. Eso era algo sagrado para mí. Era un regalo que planeaba guardar hasta que conociera a un hombre digno de él. Jamás imaginé que un hombre pagara una pequeña fortuna por el privilegio de ser el primero, pero así funcionaban aquellas cosas y era lo que había para mí. No podía quejarme.

Las manos de Nicky se deslizaron por mi cintura y encontraron mi trasero. Apoyó las palmas de las manos en las nalgas y me llevó hacia él. Entonces lo sentí, la polla dura como una roca en sus pantalones, empujando mi pierna, pulsando como un latido contra mí. El calor se intensificó en mi interior cuando el fuego en mi coño comenzó a rugir.

—¿Qué es eso? —Pregunté de forma juguetona.

Moví los labios hacia su oreja, la lamí y le mordí el lóbulo. Me encantaba el sabor de su piel en mi lengua y notaba su cálido aliento en mi mejilla.

—Ese es tu premio — dijo mientras dejaba besos a lo largo de mi cuello y hombro.

Apretó mi culo entre sus dedos y me golpeó contra él. Descendí la mano izquierda de su cuello y presioné la palma contra su polla. Era la primera vez que sentía la dureza de un hombre. La noté larga y gruesa bajo mi mano. No podía esperar a verla con mis propios ojos, probarla con mi boca, sentirla profundamente dentro de mí.

—¿Mencionaste un baño caliente y una bebida fría? ¿Te gustaría acompañarme? —Lo miré al hacerle la pregunta.

—Me gustaría. —Presionó su frente contra la mía—. Ve a preparar el baño y yo pediré champán.

—Sí, señor. —Suspiré con fuerza. Antes de dejarlo ir, agregué, procurando no llorar—. Gracias, Nicky. Gracias por salvarme.

—De nuevo, fue un placer.

Le di un apretón juguetón a su polla.

—Todavía no, pero pronto lo será.



La gran bañera se llenó rápidamente con agua caliente y burbujas. Había velas en la parte trasera y un encendedor. Prendí las velas y atenué las luces. Había una antigua radio incorporada en la

pared, la conecté y encontré un canal de música suave; luego me quité los tacones de aguja y me metí en la bañera.

Agradecí la oportunidad de poder lavarme antes de que empezáramos a hacer el amor. Mi cuerpo estaba cubierto de una película de sudor nervioso que incluso yo podía oler cuando estaba de pie, desnuda en el podio y el sudor no era nada *sexy*, a menos que sudáramos juntos.

Llené la bañera con agua hasta que las burbujas cubrieron la parte inferior de mis pechos, dejando mis pezones erectos en el aire caliente. Me eché agua en los pechos y los froté hasta que mis pezones se pusieron rosados y duros.

Tomé la barra de jabón del lado de la bañera y me lavé lentamente. Disfrutando de la sensación cerré los ojos y me dejé llevar por el calor del agua y el aroma del jabón. Cuando abrí los ojos, Nicky estaba de pie junto a la bañera, desnudo, sonriendo y acariciando su dura polla desde el eje hasta la cabeza con la mano derecha.

Sentí el aliento atrapado en mi pecho cuando vi su espléndido cuerpo por primera vez. Era delgado y duro, con músculos en los hombros y el pecho. El pelo en su pecho y sobre su gruesa polla era tan negro como el pelo de su cabeza. Su polla era la primera que veía en persona, era grande y tenía venas. La cabeza era púrpura y redonda, parecía que iba a reventar si no se aliviaba pronto. Movié sus manos lentamente sobre el eje y me sonrió.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó, moviéndose a un lado de la bañera para que mi mano húmeda pudiera reemplazar la suya.

—Sí. —Suspiré, maravillada por la sensación del eje duro en mi piel, mientras lo acariciaba hacia atrás y hacia adelante.

—¿Has chupado alguna vez una polla? —Le di una mirada recatada y sacudí la cabeza—. ¿Quieres chupármela?

—Sí —susurré, lamiéndome los labios.

—¿Quieres que te enseñe?

—Todo —dije en voz baja—. Enséñame todo.

—Presiona tus labios contra la cabeza —dijo, acercándose lo más posible a la bañera—. Bésala. Lámela. Métetela en la boca y ten cuidado con los dientes. —Sonrió al ver que todavía tenía su polla en mi mano. Cuando presioné mis labios contra la cabeza y moví la lengua hasta la rendija, puso las manos sobre mis hombros y suspiró.

Sonreí con su miembro en mi boca. Estaba haciendo mi primera mamada y obviamente un muy buen trabajo. Era increíble, la sensación de su hombría entre mis labios. Mientras deslizaba su gruesa erección, dentro y fuera de mi boca, sentí cosas en mi interior que no había sentido nunca. Mis pechos se hinchaban. Mis pezones estaban tan duros que me dolían. Y ardía todo mi cuerpo llenándome de calor y un deseo desconocido.

—Eso es perfecto —dijo. Deslicé la mano para acariciar sus bolas sin dejar de chupársela. Sabía lo suficiente como para tener cuidado mientras amasaba la carne de su saco entre mis dedos.

Tomé su miembro en la mano, lo puse cerca de mi boca sin dejar de masturbarlo y lo miré.
—Ven al baño conmigo —pedí—. Tengo algo para ti.

Capítulo 10

Nicky

Para ser virgen, Katrina chupaba penes como una profesional experimentada. Era suave y firme al mismo tiempo, deslizando en su boca la cabeza, succionando unos centímetros para sacarla de nuevo. Podría haber disparado mi carga sobre su mano y en su garganta y lo haría más tarde, si todo iba bien, pero quería que mi primer orgasmo fuera dentro de ella. Nunca había tenido un orgasmo de cuatrocientos mil dólares y esperaba que fuera espectacular.

Me soltó la polla el tiempo suficiente para dejarme subir a la bañera. Se inclinó hacia atrás, con las piernas abiertas y sus hermosas tetas a la vista. Me arrodillé delante de ella y la besé en los labios, luego dejé que mi lengua siguiera un rastro por su cuello, hasta sus pezones que estaban esperando.

Cuando agarré con los labios el derecho, oí su jadeo. Sabía que los labios de ningún hombre la habían tocado en aquel pezón. Sentí una conexión entre nosotros que parecía fortalecerse cada vez más. Mis manos se acercaron para amasar sus pechos, mientras los lamía, chupando uno y luego de vuelta al otro.

Ella puso las manos alrededor de mi cuello y gimió en mi oído. Sumergí las mías en el agua y acaricié su estómago plano hasta su húmedo montículo. Podía sentir la humedad caliente que brotaba de ella incluso bajo el agua caliente. Presioné los labios contra los suyos y probé su boca con la lengua, mientras las puntas de mis dedos tocaban su coño por primera vez. Saltó un poco, luego se echó a reír y me chupó la lengua para impulsarme hacia adelante.

Me rozó el miembro con la mano y lo bombeó, mientras mis dedos exploraban sus pliegues, deslizándose de arriba a abajo desde su culo hasta su clítoris hasta que deslicé uno en su vagina y lo giré.

—Oh... joder —gimió, arqueando la espalda. —Creo que me estoy... oh... Dios...

Sonreí mientras la veía cerrar los ojos y morderse el labio. Se estaba corriendo por primera vez porque un hombre la estaba tocando. Ordeñaba mi polla con la mano cada vez más rápido, empujé el dedo hasta el nudillo y la follé con él. Ella se apretó contra mí, su mano sin dejar de masturbarme y su coño apresando mi dedo.

—Oh Dios mío —suspiró, respirando con fuerza. Tiró de mi pene hacia ella—. Fóllame, Nicky. Fóllame y haz que me corra de nuevo.

—Será un placer —dije con una sonrisa. Me acerqué y guie mi polla hacia su vagina. Presioné la cabeza hacia la abertura y me agarré con las manos en los bordes de la bañera—. ¿Estás lista? —Se mordió el labio e hizo un gesto con la cabeza—. Relájate y déjame hacerlo —añadí, observando su cara por si notaba cualquier signo de dolor, mientras me deslizaba en su

interior. Sentí que las paredes de su coño se expandían para agarrar mi pene como si lo apretaran con mil dedos diminutos. Tuve que concentrarme para no correrme enseguida. La besé en la boca y deslicé los labios hacia su oreja—. Toma aire y déjalo salir muy despacio.

Mientras obedecía, moví las caderas hacia delante. Podía sentir la cabeza de mi polla contra su velo. Cuando cerró los ojos y frunció los labios para respirar, la penetré, rasgando el velo y forzando a mi polla a pasar. Ella jadeó y cerró los ojos. Una sola lágrima salió de su ojo y bajó por su mejilla. La besé.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Abrió los ojos y sonrió.

—Ahora lo estoy.

Empecé a besarla mientras mis caderas se movían de un lado a otro, mi erección dura y firme, forzando su camino dentro de ella. Su coño se notaba increíble, exprimiéndome, tan apretado, tan húmedo, tan caliente. No pasó mucho hasta que sentí el orgasmo que llevaba tiempo amenazando, y empezó a disparar sin poderlo evitar.

—Joder... me estoy corriendo, Katrina. —Apreté los dientes y aceleré las acometidas dentro de ella, deslizándome tan fuerte que la bañera parecía tambalearse debajo de nosotros. La miré a los ojos. Ella sonreía con la boca abierta.

—Me estoy... corriendo... también...

Entramos en erupción juntos, yo llenándola con mi semilla lechosa y ella derramando sus jugos vírgenes sobre mí, como un mar caliente que llega a la orilla.

Nos movimos juntos al llegar, hasta que nos quedamos quietos.

—Ha sido increíble —reconocí. Mi mejilla presionada contra la suya mientras ambos tratábamos de recuperar el aliento.

—Increíble —repitió ella, mordisqueándome la oreja—. Piensa, tenemos todo el fin de semana para hacerlo de nuevo.

—Otra vez, otra vez y otra vez —observé, al tiempo que sacaba mi polla de ella y me tumbaba de espaldas, al otro lado de la bañera. Encontré su pie bajo el agua, lo levanté y lo sostuve contra mi barbilla. Entonces, sonreí de forma juguetona—. Estos podrían ser los mejores cuatrocientos mil dólares que he gastado en mi vida.

Ella sonrió.

—Prometo darte lo que has pagado.

Presioné mis labios contra su dedo gordo y suspiré.

—No esperaba menos.

Capítulo 11

Katrina

No puedo recordar haber dormido tan profundamente como la primera noche que pasé en los brazos de Nicky. Después del baño, nos fuimos a la cama, donde hicimos el amor durante lo que parecieron horas. Yo era una estudiante ansiosa y Nicky un profesor dispuesto, mostrándome cómo complacerle y preguntándome si lo hacía.

Follamos en todas las posiciones imaginables hasta que quedamos exhaustos, doloridos e incapaces de continuar. Nos reímos y nos desmayamos en los brazos del otro. Cuando desperté el sábado por la mañana, abrí los ojos y lo encontré sonriéndome.

—Buenos días. —Se apoyó en un codo mientras sus dedos trazaban círculos alrededor de mis pezones—. ¿Has dormido bien?

—Estupendamente —suspiré—. ¿Y tú?

—Increíblemente bien —bromeó. Deslizó sus ojos por mi cara, como si buscara signos de arrepentimiento—. ¿Estás bien? ¿En serio?

—Estoy más que bien —aseguré, estirando mis miembros y gruñendo de forma juguetona.

Abrí los brazos y él rodó sobre mí. Su polla ya estaba dura. Abrí las piernas para que pudiera deslizarse en mi interior, que aún estaba húmedo y pegajoso de la noche anterior. Se apoyó en sus codos y me miró fijamente.

—¿Qué te gustaría hacer hoy? —Empujó su dura erección contra mi clítoris, haciéndome gemir de placer—. Aparte de esto, quiero decir.

—¿Se pueden hacer otras cosas aquí? —Traté de concentrarme en la conversación, mientras el fuego se encendía entre mis piernas y mis jugos comenzaban a fluir calientes y espesos de nuevo.

—Hay muchas cosas que hacer —aseveró—. Montar a caballo, visitar un lago, bosques que explorar.

—¿Cómo sabes tanto sobre el lugar? —Lo miré tan extrañada que él sonrió.

—Crecí aquí. Lo creas o no, esta es la casa de mis abuelos.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? ¿Estás involucrado en la subasta? —No sabía por qué, pero al pensar en mi nuevo... ¿qué éramos, exactamente, amantes? La idea de que estuviera involucrado en la subasta de la virginidad de las mujeres me molestaba, incluso si me daba doscientos mil dólares.

—No, no estoy involucrado en el negocio familiar, en absoluto. —Se apoyó en los brazos y continuó deslizándose en mi interior—. El hecho de que yo estuviera aquí anoche fue pura coincidencia. Mi primo me convenció para venir. Era la primera vez que veía algo así. —Se inclinó para darme un beso—. Me alegro de haber estado aquí.

—Yo también me alegro de que estuvieras aquí —dije, relajándome de nuevo mientras su eje penetraba entre mis pliegues. Puse las manos alrededor de su cuello y lo miré a los ojos—. ¿Puedo hacerte una pregunta extraña? Quiero decir, dadas las circunstancias.

—Claro —suspiró. Sus ojos se volvieron soñadores y su aliento pesado.

—¿Hay alguna conexión entre nosotros? Quiero decir, aparte del sexo. ¿Sientes una conexión o es mi imaginación?

Dejó de mover sus caderas y enfocó sus ojos en los míos.

—¿Te refieres a algo más que un fin de semana de sexo increíble, con un apuesto desconocido?

Sonreí cuando mis mejillas se sonrojaron.

—Supongo que sí.

—Te diré algo. —Se alzó para salir de mí y volvió a guiarla cabeza de su polla dentro de mi acogedor agujero—. Tengamos un fin de semana increíble; luego, si todavía quieres que nos encontremos cuando volvamos a la ciudad, me parece más que bien. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —gemí, al sentir los escalofríos que me producía su miembro moviéndose dentro de mí.

Clavé las uñas en su espalda y le rodeé la cintura con las piernas, mientras entraba y salía. Era una forma maravillosa de despertar. Al tiempo que el orgasmo se abría paso en mi interior, me mataba la curiosidad por saber lo que traería el resto del fin de semana.

Capítulo 12

Katrina

Los dos días que pasé con Nicky fueron sin duda los mejores de mi vida. Pasamos la mayor parte del fin de semana en la cama, explorando nuestros cuerpos y descubriendo nuevas formas de obtener placer de ellos; pero también comimos en el restaurante, caminamos por los alrededores, vimos la televisión en la cama, hablamos y nos tomamos de la mano. Nos conocimos.

Nicky D'Angelo no solo era guapo y *sexy* como el infierno, también muy inteligente, cariñoso, divertido y *sexy* como el infierno... oh ya había dicho eso... Bueno, merecía la pena decirlo dos veces, era así de *sexy*.

Me contó que había crecido en una familia acomodada y que vivía solo desde que terminó la universidad, en lugar de unirse al negocio familiar. Aparte de eso, no habló mucho de su familia. Tuve la impresión de que era un tema delicado, así que no lo presioné. Además, yo tampoco quería hablar de la mía. Por lo que él sabía, yo tenía una vida familiar perfecta y todo estaba bien. No le mentí. Simplemente no hablé de ello. Como diría mi padre, no es una mentira cuando no dices nada.

Me emocionó saber que Nicky era un empresario exitoso que tenía su propia compañía multimillonaria de servicios financieros. Además, nunca se había casado y no tenía novia, así que venía sin equipaje.

Y lo mejor de todo, parecía interesado en mí de verdad. Es decir, pagó una tonelada de dinero para pasar el fin de semana conmigo, pero tenía la sensación de todo no era sobre el sexo. Había más en Nicky que eso. Era esa conexión de la que hablamos que podía llamarse química. Definitivamente, había algo ahí.

No estábamos enamorados, era demasiado pronto para algo así, pero podríamos estarlo algún día si esta pequeña chispa se prendiera fuego de repente.

Sin embargo, me costaba creer que fuera real. Y en el fondo, seguía esperando que se desmoronara. Esperaba que Nicky se quitara su máscara de señor Buen Tipo y revelara su verdadera personalidad. Así era como solía ir mi suerte, pero hasta entonces, todo bien.



El lunes por la mañana, Nicky ya se había ido cuando me levanté. Sabía que tenía que volver a la ciudad temprano por negocios, pero estaba triste porque no se quedó para despertar a mi lado. Me encantaba nuestro sexo matutino, pero la verdad era que estaba dolorida y me alegró el descanso.

Todavía estaba rompiendo el equipo, como decían por ahí. Tenía la sensación de que caminaría con las piernas arqueadas durante unos días y la idea me hizo reír. Y echarlo de menos. Hubiera sido encantador despertar en sus fuertes brazos.

Me duché y me vestí, luego guardé mis cosas y empecé a bajar para llamar un taxi. Estaba a punto de salir de la habitación cuando llamaron a la puerta. Abrí y encontré a la mujer que había supervisado la subasta, de pie, con una amplia sonrisa en su rostro maquillado y un maletín de cuero colgando a su lado. Me entregó el maletín y apretó las manos entre sus pechos. Parecía muy contenta.

—Felicidades, señorita Donovan. Estoy muy satisfecha de que las cosas hayan funcionado para usted. El señor D'Angelo es un hombre encantador.

—Gracias. —Sostuve el maletín en las manos como una bandeja llena de bebidas en el bar—. ¿Qué es esto?

—Es tu parte del dinero, querida —dijo con un movimiento de cabeza—. Doscientos mil dólares en efectivo. —Se cubrió la boca y bajó la voz—. Y no te preocupes por pagar impuestos, porque no tendrás que declararlos.

—Uhm, de acuerdo. —Vaya, en mi felicidad orgásmica me había olvidado por completo del dinero. Este día solo se puso mejor.

—El señor D'Angelo ordenó un coche para usted. Está abajo para llevarte a la ciudad cuando estés lista. Nos gusta que los huéspedes se vayan antes del mediodía, si es posible, para poder cerrar la casa. Espero que tu experiencia haya sido agradable. Y por favor, habla a tus amigas vírgenes de nosotros. Confidencialmente, por supuesto. Las autoridades no aprueban nuestro pequeño juego. Pagamos una buena comisión por las referencias. Y la confidencialidad.

—¿Una comisión?

Levantó diez dedos y los movió de uno en uno, como si fuera un niño al que enseñaba a contar.

—Sí. Diez mil dólares por cada recomendación que se subaste con éxito.

—Vaya, uhm, vale. Lo tendré en cuenta.

No sabía qué decir, así que le di las gracias de nuevo y se fue.

Me quedé atónita, al saber que tenía doscientos mil dólares en efectivo y que me habían invitado a recomendar vírgenes por una comisión.

Me preguntaba si Bethany recibiría diez mil dólares por recomendarme.

Si no era así, con gusto le pagaría yo misma una comisión porque la subasta de vírgenes estaba a punto de cambiar mi vida.

Capítulo 13

Katrina

Cuando llegué a casa alrededor de las diez, encontré a mi padre detrás de la barra con un lápiz y un portapapeles en la mano, haciendo inventario de las botellas de licor y cerveza en la nevera, como si fuera un día más en el negocio y todo estuviera bien con el mundo. Como si no tuviera a unos tipos amenazando con matarlo.

El bar no abriría hasta dentro de unas horas, así que todas las luces estaban encendidas y tenía la radio encendida, escuchando a uno de esos comentaristas políticos bocazas que oía todo el tiempo. No creía que mi padre fuera especialmente político. Solo le gustaba el ruido. Una vez dijo que le hacía compañía.

Nunca hice caso al triste comentario, hasta ese momento que lo miré a través del pequeño cristal de la puerta de la cocina. Se veía muy pequeño y solo detrás del bar. Nunca había pensado en lo apenado que debía haber estado por la muerte de mamá. Nunca había pensado realmente en sus sentimientos.

Había usado mi llave para entrar por la puerta trasera y cuando llegué a la cocina, saltó al verme.

—Jesús, niña, casi me matas del susto. —Lanzó el portapapeles sobre la barra y se pasó una mano por la frente. Recuperó el aliento durante un minuto y forzó una sonrisa, esperando que me sentara en un taburete.

Puse el maletín en el suelo y junté los dedos en la barra.

—¿Quieres una Coca-Cola o algo? Puede que quede algo de café en la cafetera.

Sonreí.

—No, estoy bien.

Agarró un trapo y lo frotó entre las manos.

—Entonces, ¿qué tal por Atlantic City?

Le dije que iba a pasar el fin de semana a Atlantic City con Bethany, para que no se preocupara ni sospechara nada. También era la tapadera perfecta para explicar cómo llegué a casa con tanto dinero.

Coloqué el maletín en la barra y abrí los cerrojos.

—Fue un buen fin de semana. De hecho... —Giré el maletín para enseñárselo.

Cuando abrí el maletín y vio las pilas de billetes de veinte dólares, pensé que se le iban a

salir los ojos de la cara.

—Jesús, José y María, ¿de dónde habéis sacado ese dinero? —Metió la mano en el maletín y pasó la punta de los dedos por los montones de billetes. Sabía que mostrarle a un adicto al juego tanto dinero era como darle las llaves de un laboratorio de metanfetaminas a un adicto al crack. Juguetonamente le di un golpe en el dorso de la mano y lo cerré—. Como he dicho, tuve un muy buen fin de semana. Una buena racha en la mesa de la ruleta.

—¿Ruleta? —Miraba el maletín, aunque yo había cerrado la tapa y puesto mis brazos encima. Entrecerró los ojos hacia mí como si buscara una mentira en mis labios—. No sabía que supieras jugar a la ruleta.

—Bueno, en realidad no hace falta saber jugar a la ruleta —expliqué—. Solo tienes que elegir un color, un número y darle una vuelta. Fue la suerte del principiante.

—¿Cuánto hay? —preguntó con cautela.

Pude ver una película de sudor cubriendo su frente y su labio superior. Se limpió con el trapo de la barra y miró fijamente el maletín.

—Suficiente para pagar tu deuda y poder pasar un par de años en la universidad.

—¿Pagar mi deuda? —Levantó las manos y sacudió la cabeza—. No, de ninguna manera, pagaré mis propias deudas. Ya me las arreglaré. No necesito que pagues por mis pecados.

—Papá, me dijiste que te matarían si no les pagabas setenta y cinco mil dólares antes de fin de mes. ¿Ha cambiado eso?

—No.

—Entonces, usarás setenta y cinco mil dólares de este dinero para quedar en paz con ellos. Después de eso, no más apuestas porque no te ayudaré de nuevo. ¿Entiendes? —Crucé la barra y puse mi mano en su brazo. Era la primera vez que tocaba a mi padre en años—. Papá, prométeme que no apostarás más.

—Lo prometo —murmuró con lágrimas en los ojos—. Lo juro por la tumba de tu madre.

—Pues concierta una reunión con ellos y te daré el dinero para pagarles. Cítalos en un lugar público. A la luz del día. Hoy. ¿Entiendes? Les pagas y luego no los vuelves a ver nunca más.

—Entiendo —susurró, apenas si pude escuchar su voz. Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas rojizas—. Iré a llamarlos.


Le apreté el brazo otra vez.

—Papá, te quiero. Todo saldrá bien.

—Lo sé —habló entre suspiros.

No dijo que me quería, pero yo sabía que sí. Se limpió la nariz con el trapo de la barra, lo llevó a la cocina y se dirigió a las escaleras para llamar a los hombres que lo habían amenazado.


Mi única esperanza era que una vez que cobraran su deuda, no confiaran más en él para apostar.



Conté setenta y cinco mil dólares en efectivo, los puse en una bolsa de papel y se los di a mi padre cuando bajó. No abrió la bolsa. La metió en su chaqueta y la cerró con una cremallera, como si así fuera más segura.

—Me reuniré con él en el parque, dentro de una hora —anunció—. Volveré después para abrir el bar. —Se detuvo para mirarme a los ojos—. Gracias, Katrina. Nunca te volveré a decepcionar.

—Eso sería genial. —Sonreí con un mohín. Me incliné y lo besé en la mejilla. —Ten cuidado, papá. Estaré aquí cuando vuelvas.



Estaba terminando el inventario cuando sonó mi teléfono móvil en el bar. Miré el número en el identificador de llamadas y ponía: Nicky D. Sonreí. Debí grabar su número en mis contactos sin que me diera cuenta.

Deslicé la pantalla y contesté:

—Hola —Sentí que mi corazón se aceleraba cuando escuché su voz.

—Hola. ¿Volviste bien a la ciudad?

—Sí. Gracias al coche que enviaste. Fue muy amable de tu parte. Podría haber llamado un taxi.

—No quería que tomaras un taxi con todo ese dinero encima. Hablé con Lois antes de irme y me prometió que te cuidaría bien por mí.

—Hizo un trabajo fantástico. —Mi voz sonó alegre y tuve que pellizcarme para calmarme. Parecía una colegiala adolescente—. Entonces, ¿estás en el trabajo?

—Desde las ocho de la mañana —aseveró—. En realidad, esperaba poder secuestrarte para un almuerzo tardío. ¿Estás ocupada?

Me apoyé en la nevera de cervezas y me mordí el labio.

—No. Podría escaparme por una hora o dos. ¿Dónde te gustaría que nos viéramos?

—¿Por qué no voy a buscarte? Te recogeré en una hora y buscaremos algún lugar cerca de aquí.

—En realidad, tengo una cita en el centro. —Era una mentira, por supuesto, pero no estaba listo para exponerlo a la realidad que era mi vida—. Envíame un mensaje con tu ubicación y nos encontraremos allí.

Nicky envió la dirección de su oficina y yo puse mi teléfono en el bar. Había sacado toda la cerveza del frigorífico para hacer un inventario y para limpiar un lugar donde esconder el dinero. Tomé el maletín y lo puse en el fondo de la nevera, luego lo cubrí con varias capas de botellas y latas de cerveza.

Sabía que no podía andar por la ciudad llevando tanto dinero y no estaba segura de qué quería hacer con él. Si llevaba tanto al banco, tendrían que notificarlo al gobierno y tendría que pagar impuestos, además de justificar su procedencia. De modo que, hasta que pensara algo, esconder el dinero era la mejor apuesta.

Subí a hacer una rápida revisión de mi pelo y maquillaje, salí por atrás y cerré la puerta. Normalmente habría tomado el metro, pero tenía quinientos dólares en el bolsillo y me moría por gastarlos. Era como si me quemaran en los dedos, sobre todo, porque nunca había tenido más de unos pocos encima. Me sentía como la chica más rica del mundo.

Llamé un taxi sin preocuparme por el precio y me fui a almorzar con mi amante.

Capítulo 14

Nicky

Estaba esperando en la acera cuando el taxi se detuvo y Katrina me saludó a través de la ventana. Abrí la puerta, la tomé en mis brazos y le di un beso largo y apasionado en mitad de la acera.

—Vaya, ¿así saludas a todas tus invitadas a comer? —preguntó, con las muñecas cruzadas detrás de mi cuello y una sonrisa en su preciosa cara.

Entorné los ojos y pensé que era mucho más guapa de lo que recordaba.

—Solo a ti. —Tomé su mano—. Vamos, tengo en mente un restaurante elegante que creo que te gustará.



Katrina sonrió mientras hacíamos cola en Nathan's para pedir nuestros perritos calientes y bebidas. Estaba agarrada de mi brazo y se inclinó hacia mí.

—¿Esta es tu idea de un restaurante elegante?

—Soy un tipo bastante corriente —confesé, dándole un golpecito en el hombro—. La próxima vez, te llevaré a París para cenar. Por ahora, se me antojaba Nathan's.

—Me parece bien. Aunque, para que conste, odio la comida francesa.

—Tomo nota. Entonces, nos quedaremos con la comida rápida.

Finalmente llegamos al frente de la fila y ordenamos nuestra comida, luego la llevamos a una mesa de la esquina y la extendimos como si fuera un gran festín. Los dos nos sentamos, sin fingir estar aquí después del fin de semana que tuvimos, y comimos como si estuviéramos hambrientos. Aparentemente, nuestro fin de semana y la energía que gastamos nos había dejado muertos de hambre.

Terminé mi perrito caliente y me limpié los labios con una servilleta. La vi remover una patata frita sobre el ketchup y le pregunté:

—Entonces, ¿cuáles son tus planes ahora que eres una mujer con medios?

—Bueno, supongo que me presentaré en algunas universidades para ver en cuál me aceptan. —Suspiró—. Mis notas en el instituto eran buenas y mis resultados en el acceso a la universidad no eran terribles, pero llevo cuatro años sin estudiar, así que...

—Eso no debería importar —dije, extendiendo la mano a través de la mesa para colocarle un mechón de pelo rubio detrás de la oreja—. Eres brillante. Entrarás en la que te propongas. Si hay algo que pueda hacer, una carta de recomendación o lo que sea, solo házmelo saber.

—¿Y exactamente para qué me recomendarías? —preguntó con un brillo diabólico en sus ojos.

—Te recomendaría para muchas cosas. —Sentí su pie rozando el interior de mi pantorrilla.

Lo había sacado del zapato y arrastró los dedos por mi pierna, como una araña *sexy*. Sus ojos ardían en los míos. La deseaba tanto que podría haber barrido las cosas de la mesa y tomarla en Nathan's con todo el mundo mirando.

Noté que mi polla se había puesto dura solo de pensar en follármela.

—¿Puedo hacerte una pregunta profesional? —Rompió el silencio, sin dejar de arrastrar su pie por mi pierna.

Se limpió la boca y recogió su bebida. Agitó el hielo y tomó un sorbo. Observé sus deliciosos labios alrededor de la pajita y tragué saliva con fuerza.

—Por supuesto, señorita Donovan. Estoy a tu servicio.

—Todo ese dinero —dijo ella, inclinándose y bajando la voz—. ¿Debería ponerlo en el banco o qué?

—Hacienda se comería una gran parte —le advertí—. Dame un día o dos y te haré un plan para proteger tu dinero y mantenerlo disponible para la matrícula y los gastos.

—Eso sería genial —dijo ella, apretando mi mano. Me miró a los ojos y me dio una sonrisa de ensueño—. ¿Puedo verte más tarde?

—Puedes verme ahora. —Arquee las cejas de forma significativa—. Podríamos volver a mi casa. O yo podría ir a la tuya.

—En realidad, hay algunas cosas de las que tengo que ocuparme en casa esta tarde. ¿Puedo enviarte un mensaje de texto más tarde? ¿Quizás te vea esta noche?

—Puedes enviar un mensaje y verme cuando quieras —le aseguré. Me metí debajo de la mesa y le paré los dedos de los pies justo antes de que llegaran a mi polla—. Por ahora, tienes que tirar de ese pie hacia atrás y darme unos minutos para recuperarme.

Ella frunció los labios y miró hacia abajo, como si pudiera ver a través de la mesa de fórmica.

—¿Por qué, señor D'Angelo? ¿Tiene una erección en los pantalones o solo se alegra de verme?

—Sí y sí, a las dos preguntas. —Sonreí—. Digamos que, si trato de salir ahora, me temo que daría un espectáculo.

—Bueno, es un lugar de perritos calientes. —Sonrió y apartó el pie.

Eso me hizo desearla más.

Capítulo 15

Katrina

Estaba empezando a asustarme. Eran casi las seis y no había sabido nada de mi padre, que se había ido casi siete horas. Y como no había tenido noticias, no había enviado un mensaje de texto ni llamado a Nicky para fijar una cita para aquella noche. Los viejos sentimientos de temor, los que solían flotar sobre mi cabeza como una nube oscura, volvieron mientras daba paseos por la habitación y miraba ocasionalmente por la ventana. ¿Volvería mi padre a casa? Y si era así, ¿en qué estado se encontraría cuando llegara?

Tuve la sensación de que algo iría mal, cuando se marchó a pagar su deuda de juego. La gente con la que trataba no era agradable ni operaba dentro de los límites de la ley. Eran matones y criminales, capaces de herir o incluso matar para conseguir sus objetivos. Mi padre estaba en grave peligro. Podía sentirlo en mis huesos.

Intenté llamarle al móvil de nuevo y saltó el buzón de voz. Había estado intentándolo, cada diez minutos, durante varias horas. Le había dejado una docena de mensajes, rogándole que me llamara para hacerme saber que estaba bien. La sensación de oscuridad era tan fuerte que no abrí el bar. Mantuve el letrero de «cerrado» en la puerta y las luces apagadas. Los clientes vinieron y llamaron, pero los ignoré y no los dejé entrar.

Estaba a punto de llamar de nuevo al móvil de papá cuando oí un ruido que venía de la cocina. Irrumpí a través de la puerta para encontrarlo de rodillas en la puerta trasera. Gracias a Dios, estaba vivo, tratando de levantarse del suelo. Me apresuré y le ayudé a sentarse con la espalda contra la pared. Mi corazón se detuvo cuando miré su cara. Le habían hecho papilla.

—Oh, Dios mío, papá, ¿qué ha pasado? —Grité, sujetándolo por los hombros.

Lo revisé con un vistazo y observé sus ojos casi cerrados e hinchados. Su nariz estaba rota y sangraba, así como los labios que estaban partidos. Su cara, camisa y chaqueta estaban cubiertas de sangre seca.

—Estoy bien —susurró, extendiendo sus manos para alcanzarme sin verme—. Solo necesito... acostarme.

—Dios mío, papá, no estás bien. —Tomé sus manos y las apreté fuerte—. Necesitas un médico. Voy a llamar a una ambulancia y a la policía.

—No, no, no hagas eso —dijo desesperado y agarrando mis manos—. Eso solo empeorará las cosas. —Apoyó la cabeza contra la pared y me miró a través de la rendija que quedaba en su ojo derecho—. Por favor, déjame descansar un minuto. Estaré bien.

Respiré profundamente y lo dejé salir. Corrí al lavabo y mojé un trapo frío y se lo llevé. Se lo llevó a los labios partidos—. Gracias... estoy bien... solo necesito un minuto.

—Papá, dime qué ha pasado.

—Él dijo que no era suficiente.

—¿Quién dijo que no era suficiente? ¿Qué significa eso?

Luchó por respirar a través de sus labios hinchados. Su nariz estaba completamente rota.

—Dijo que había más dinero. Dijo que los setenta y cinco mil dólares no eran suficientes. Lo quiere todo. El hijo de puta quiere todo.

Sentí un escalofrío que me subía por la columna vertebral.

—Papá, dime exactamente lo que dijo. Palabra por palabra.

Se lamió los labios e intentó tragar.

—Dijo que tenías doscientos mil dólares. Lo quiere todo o nos matará a los dos.

El aliento se me atascó en la garganta.

—¿Cómo supo que tenía tanto dinero? Papá, ¿cómo lo supo? ¿Se lo has dicho?

Dejó que su cabeza rodara de lado a lado.

—No, no tenía ni idea de cuánto tenías. Dijo que tenías doscientos mil dólares en un maletín y que quería cada centavo o nos mataría a los dos.

Tragué la bola de miedo que se había alojado en mi garganta.

—Papá, dime el nombre del hombre.

—No, Katrina, no puedes luchar contra esa gente y no puedes llamar a la policía. —Tosió y se puso la toalla en los labios que quedó empapada de sangre roja y brillante—. Tienes que irte, Katrina. Tienes que salir de la ciudad.

—¡Papá, maldita sea, dime el nombre del hombre que te hizo esto!

Cuando mi padre dijo el nombre del hombre que había amenazado nuestras vidas, tuve que luchar contra las lágrimas. Sabía que mi cambio de fortuna había sido demasiado bueno para ser verdad y demasiado bueno para durar.

La gente como yo no estaba destinada a ser feliz.

Había tenido un fin de semana glorioso y fui rica por poco tiempo.

Ahora, todo estaba desapareciendo.



Ayudé a mi padre a acostarse y luego limpié sus heridas lo mejor que pude. Parecía más de lo que era, que ya era bastante. Las bolsas de hielo disminuyeron la inflamación alrededor de los ojos morados y los labios partidos, pero su nariz estaba rota y necesitaba ser arreglada, además, el

pómulo derecho sobresalía más de lo debido. Prometió que me dejaría llevarlo al hospital al día siguiente y yo acepté de mala gana.

Le di un par de analgésicos y me senté a su lado hasta que se durmió. Luego bajé al bar, saqué el maletín helado al haber estado en la nevera de la cerveza y fui a enfrentarme al hombre que le había hecho aquello a mi padre y a mí.

Capítulo 16

Katrina

Nunca había estado en el club de caballeros de Gino, ni en ningún antro de *striptease*. No sabía nada sobre el lugar aparte de lo que Bethany me había dicho. Ella había trabajado allí unos meses y se estaba tirando al hijo del dueño, un tipo llamado Tony. Nunca me había dicho su apellido y nunca me interesó lo suficiente como para preguntarle.

Tomé un taxi y entré por la puerta principal con el maletín en la mano derecha. Bethany estaba trabajando, sirviendo bebidas a mesas llenas de hombres ruidosos. Cuando levantó la vista y me vio de pie cerca de la entrada, parpadeó como si pensara que su imaginación le jugaba una mala pasada.

Vino a mí con sus tetas desnudas rebotando y una bandeja redonda de bebidas entre sus manos. Llevaba un tanga, tacones altos y nada más. La miré cuando me saludó, pero luego dejé que mis ojos siguieran alrededor de la habitación, buscando al hombre que había venido a conocer. El lugar estaba oscuro, pero no tan oscuro como para no ver quién estaba allí.

—Jesús, Kat, ¿qué haces aquí? —Bethany presionó la bandeja contra sus pechos como si tratara de esconderlos de mí—. ¿Pasa algo malo? ¿Ha pasado algo?

—Tu amigo Tony —pedí con calma, y seguí revisando la habitación—. ¿Cuál es su apellido?

Ella frunció el ceño y parpadeó.

—D'Angelo. ¿Por qué? —Me miró con recelo.

—¿Está aquí?

—Sí, está en la zona VIP, como siempre. —Se puso delante de mí, obligándome a mirarla a los ojos—. Kat, ¿qué coño está pasando?

—Llévame con él —dije—. Tengo algo que darle.

—Kat, en serio, qué demonios...

—Llévame con él ahora, Bethany —exigí con la fuerza suficiente para hacerla parpadear.

Me miró un momento, como si estuviera confusa, luego se dio la vuelta y comenzó a abrirse paso a través del club.

Yo la seguí de cerca.

No conocía a Tony D'Angelo, no sabía que ya lo había visto. Cuando lo vi, sentado en la cabina, con los brazos alrededor de los hombros de dos bailarinas desnudas, apretando sus tetas

mientras rozaba sus cuellos con la nariz, lo reconocí inmediatamente de la subasta.

Era el hombre que estaba de pie junto a Nicky, el tipo que parecía un personaje de Los Sopranos. Era el primo que Nicky mencionó. Y el hombre que había golpeado a mi padre y amenazado nuestras vidas.

Había otro hombre sentado a su lado. El cabeza de músculo con el que lo había visto en la subasta. Estaba al final de la mesa con los codos sobre las rodillas, rascándose despreocupadamente los nudillos, como resultado de golpear a mi padre una y otra vez en la cara con los puños.

—Uh, Tony, esta es mi amiga, Katrina —anunció Bethany, haciéndose a un lado cuando llegamos a la mesa.

La pobre no tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero no había tiempo para explicarlo. El cabeza de músculo me miró y se puso de pie como si pensara que tenía que ponerse entre su jefe y yo. Tony D'Angelo sonrió y luego apartó los brazos de las chicas.

—Señoritas, salgan de aquí. —Las empujó fuera de la cabina. Me miró fijamente mientras hablaba—. Bethany, otra ronda para la mesa. Y trae a tu amiga, Kat, algo. Parece que le vendrá bien un trago.

—¿Quieres algo? —preguntó ella en voz baja. Se volvió de espaldas a la mesa y susurró—. No sé qué está pasando, pero ten cuidado. No debes meterte con él.

—Lo tendré. Y no, no quiero beber nada.

—¿Qué haces aquí? —Mi corazón se hundió cuando escuché la voz de Nicky detrás de mí.

Me volví para encontrarlo parado a medio metro de distancia, con una sonrisa confusa en su rostro.

Extendió los brazos, pero yo no me moví. Me di cuenta de que tenía el maletín sujeto a mi pecho.

—Estoy aquí para darle a tu primo este dinero para que no nos mate a mí y a mi padre —espeté, haciendo un esfuerzo por no echarme a llorar. Nicky frunció el ceño mientras me miraba y luego miró a Tony. Se puso de pie a mi lado y me puso la mano en el brazo. Yo lo retiré de un tirón—. No me toques.

Nicky levantó las manos y se volvió hacia Tony. Tenía una sonrisa cautelosa en su cara, como alguien que se había perdido el remate de una broma.

—Estoy un poco confundido. ¿Qué es exactamente lo que está pasando?

Tony suspiró como si estuviera aburrido de toda la escena. Me señaló con la mano y puso los ojos en blanco.

—El padre de Mejillas Dulces me debe dinero por una deuda de juego. Supongo que está aquí para pagarla.

Nicky se volvió hacia mí.

—¿Es eso cierto, Katrina? ¿Tu padre le debe dinero a Tony?

No miré a Nicky porque pensé que podría llorar. En cambio, miré fijamente a los ojos de Tony y le hablé con los dientes apretados.

—Mi padre le debía setenta y cinco mil dólares —aclaré—. Le di a mi padre el dinero para saldar la deuda, pero ahora lo quiere todo. Dijo que, si no le daba los doscientos mil dólares, mataría a mi padre y me mataría a mí.

Tony puso los ojos en blanco. Su guardaespaldas se movió para ponerse detrás de mí. Su jefe señaló el maletín con la cabeza—. Entonces, ¿ese es mi dinero?

—Espera un segundo —interrumpió Nicky, extendiendo una mano—. Ese no es tu dinero. Es el de ella. Es su parte de la subasta.

—En realidad, primo, es mío —dijo Tony. Cruzó los brazos sobre el pecho y me miró con desprecio. Podía sentir el aliento caliente de su guardaespaldas en mi cuello. Miré por el rabillo del ojo para ver si Nicky iba a intervenir. Todavía estaba de pie a unos metros de mí, sin moverse, como si sus pies estuvieran pegados al suelo.

Tony sacudió un dedo y me dijo:

—Tu viejo olvidó que había intereses. La cantidad original era de setenta y cinco de los grandes, pero eso era hace dos meses. Ahora, es de doscientos. La semana que viene serán doscientos cincuenta. Ahora, puedes darme el dinero o puedo hacer que Jimmy se lo saque a tu padre. O, puedes trabajar para pagar su deuda bailando aquí. Tienes un buen culo y una buena delantera. Y Nicky me ha contado que follas como una máquina, así que probablemente lo resolverás en poco tiempo.

—¿Dijiste eso? —Me giré para mirar a Nicky, sin poder contener las lágrimas.

—Por supuesto que sí. —Tony soltó una carcajada—. Dijo que, para ser virgen, tenías un culo estupendo y que chupabas la polla como una profesional. De hecho, dijo que estabas entre sus cien mejores polvos de la historia.

—Cállate, Tony —lo interrumpió Nicky. Me miró con ojos culpables—. Katrina, no quise decir eso. Era solo una charla, mientras nos cambiábamos de ropa en el vestuario del gimnasio. Sabes lo que siento por ti.

—¿Lo sé? —Las lágrimas caían por mi cara—. Oh Dios mío, solo me estabas usando. Estás en esto, ¿verdad?

—¿Qué? No, eso es una locura.

—Dios, fui tan tonta. —Lo miré a los ojos y, de repente, me di cuenta de que la conexión que creía que teníamos no existía.

Solo era una chica tonta y vulnerable que se había enamorado del primer caballero blanco que pasaba por su puerta. Solo que este caballero blanco tenía un corazón negro. Dios, qué tonta había sido, me dije sintiéndome avergonzada. No quería arrodillarme y llorar.

—Ese dinero no te pertenece. —Nicky miró a Tony con las manos en la cintura. Lo tomé como que él pensaba que el dinero le pertenecía por derecho.

—Pagaste por su virginidad, primo, y obtuviste más de lo que esperabas. —El mafioso lo

señaló con un dedo y luego lo dirigió hacia mí—. Su viejo me debe dinero y ella quiere cubrir su deuda, así que ese es mi dinero. Fin de la discusión.

—Ese no es tu dinero —repitió Nicky. Dio un paso hacia mí.

Tony chasqueó los dedos.

—Jimmy. Agarra el maldito maletín.

De repente, me encontré entre Nicky y el tipo llamado Jimmy. Hice lo que pude para agarrar el maletín y abrí los seguros, luego lo sacudí en el aire. Billetes de veinte dólares se fueron por todas partes y se desató el infierno. Tony estaba luchando por recoger el dinero. Me caí de espaldas justo cuando Nicky y la cabeza del músculo se lanzaron con los puños volando y las botellas rompiéndose.

Me alejé de la mesa a trompicones. Nicky y Jimmy estaban encerrados juntos como dos bailarines torpes. Cayeron de costado sobre la mesa y Tony dio un grito. El aire estaba lleno de billetes de veinte dólares, más de seis mil. En una masa de ruidos, todos los que estaban cerca se abalanzaron sobre la mesa, agarrando puñados de dinero.

—¿Qué cojones, Kat?

Me volví hacia Bethany, que estaba de pie a mi lado con sus tetas escondidas detrás de la bandeja y una mirada atónita en su cara.

—Diez mil de ese dinero te pertenece. —Tiré el maletín vacío al suelo—. Tu comisión por haberme remitido a la Subasta de la Virgen. Será mejor que entres ahí antes de que desaparezca.

Me fui sin decir una palabra más.

Esperaba haber visto por última vez a alguien llamado de apellido D'Angelo.

Capítulo 17

Katrina

—Es una buena clientela para un sábado —dijo mi padre mientras ponía cuatro vasos de cerveza de barril en la barra y se limpiaba las manos con el trapo que llevaba en el bolsillo trasero—. Si esto sigue así, podríamos permitirnos un pastel de carne dos veces a la semana.

Puse los ojos en blanco mientras cargaba las cervezas en una bandeja.

—¿Podremos alguna vez permitirnos algo mejor? —Mi voz sonó burlona.

—¿Aprenderás alguna vez a cocinar algo que no sea pastel de carne? —Sonrió.

—Lo más seguro es que no. —Puse la bandeja en mi hombro y la equilibré con la mano—. Necesito cuatro chupitos de tequila y cuatro cervezas para la mesa tres.

—Oye, piensa en positivo —aconsejó mientras golpeaba con la punta del pulgar a un lado de su cabeza—. Un día, comeremos un filete.

—Sí, sí. Si tú lo dices...

Entregué las cuatro bebidas y regresé a la barra para esperar a que él trajera el siguiente pedido. Puse los codos en la encimera y apoyé la barbilla en un puño para verlo trabajar. Era increíble, la diferencia que había experimentado desde que estuvo cerca del gorila de Tony D'Angelo.

Tardó un par de semanas en curar sus moretones, pómulos rotos y nariz destrozada, pero una vez que se levantó, fue como si se hubiera quitado un gran peso de los hombros. No había vuelto a beber ni una gota y tampoco había apostado, que yo supiera.

Su paso era más ágil. Sonreía y se reía más. Se veía y actuaba más feliz de lo que había visto en mucho tiempo, desde antes de que mamá muriera. Pagamos un precio muy alto los dos, pero valió cada centavo y cada gota de sangre.

Las semanas habían pasado más lentamente para mí. Intenté olvidar mi fin de semana con Nicky D'Angelo y todo el placer y el dolor que me había traído. Me reconcilié con el hecho de que no estaba destinada a ir a la universidad o convertirme en investigadora del cáncer.

Mi vida seguiría detrás de la barra, como mi padre y su padre antes que él. Había peores formas de ganarse la vida, desde luego. Y los grandes sueños no estaban destinados a gente como yo. No sabía lo que me esperaba, aunque no debía ser nada más de lo que la vida me había dado.

—Después de entregar esto, tómate un descanso —me pidió mi padre, cargando las bebidas en la bandeja—. Has estado trabajando duro durante horas. Puedo seguir yo solo durante un rato.

—¿Estás seguro?

—Ya servía antes de que nacieras. Vamos, tómate un descanso.

Me guiñó el ojo y se marchó a seguir sirviendo bebidas y a reírse con los clientes. Yo repartía los chupitos y las cervezas, luego me serví una Coca-Cola y la llevé a la cocina. Papá tenía razón, los pies y la espalda me estaban matando. Me senté en la mesita que teníamos en la cocina, me quité los zapatos y tomé un largo trago.

Había un montón de correo que se había acumulado en los últimos días en la mesa. Lo recogí y revisé los sobres, buscando las facturas y los documentos habituales. Entonces, un sobre de aspecto caro me llamó la atención. Estaba dirigido a la señorita Katrina Donovan. La dirección del remitente era de una compañía de Manhattan llamada Phoenix Capitol.

Tomé un cuchillo para mantequilla que estaba en la mesa y lo deslicé bajo la solapa para abrir el sobre. Dentro había un extracto mensual de una cuenta a mi nombre. El saldo de la cuenta era de ciento veinticinco mil dólares.

—¿Qué demonios? —Revisé el sobre, pero el estado de cuenta era lo único que había dentro. Lo volví a leer. La titular de la cuenta era yo, Katrina Donovan... mi dirección... El saldo de la cuenta era de ciento veinticinco mil dólares... fecha de apertura de la cuenta... hice los cálculos en mi cabeza. La cuenta se abrió una semana después de la subasta de la Virgen. El día después de que le diera el dinero a Tony D'Angelo.

Doblé el estado de cuenta y estaba a punto de meterlo de nuevo en el sobre cuando noté algo extraño. Debajo de la solapa, escrita con tinta roja, había unas palabras. «Te echo de menos, Nicky».



La mujer de recepción sonrió cuando atravesé las pesadas puertas de cristal y me acerqué. Intenté devolverle la sonrisa, pero me salió como un tic nervioso.

—Hola, me gustaría ver al señor D'Angelo —pedí.

—¿Tiene una cita?

—No.

—¿Me puede decir su nombre?

—Katrina Donovan.

—Un momento. —Levantó el teléfono y presionó un botón. La escuché decir mi nombre. Se volvió con la sonrisa todavía pegada a su cara y señaló el pasillo a su derecha—. Puede entrar. Su oficina está al final del pasillo.

—Gracias. —Intenté acompasar la respiración mientras caminaba hacia el despacho de Nicky. Me temblaban las piernas y me sudaban las palmas de las manos. El sudor no es *sexy*.

Cuando me acerqué, la puerta se abrió y apareció Nicky con un traje azul oscuro y una

camisa blanca, abierta en el cuello. Sonrió al verme, pero no intentó tocarme. En lugar de darme un abrazo, se hizo a un lado y extendió una mano para invitarme a entrar.

—Me alegro de verte —dijo formalmente, indicándome que me sentara en una silla de cuero rojo frente a su enorme mesa de cristal ahumado. Se sentó al otro lado y juntó las manos—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Me obligué a mirarlo a los ojos—. ¿Y tú?

—Bien.

—Eso está bien.

—Sí. —Me miró y suavizó la mirada al tiempo que sonreía—. Me alegro de verte, Katrina.

—¿Te alegras?

—Sí. —Juntó los dedos y levantó las cejas—. Ahora es cuando tú dices que también te alegras de verme.

Metí la mano en mi bolso sin hacer caso a sus palabras burlonas, saqué el sobre que contenía el extracto de la cuenta y lo deslicé por el escritorio.

Él lo abrió, sacó el documento y le echó un vistazo.

—¿Hay algún problema? —preguntó.

—No lo entiendo. ¿Qué es eso?

Levantó el papel y frunció el ceño.

—Es el extracto de tu cuenta.

—No tengo una cuenta ahí.

—Debes tenerla. —Metió el extracto en el sobre y lo deslizó por la mesa hacia mí—. No tendrías un extracto si no tuvieras una cuenta.

—¿Intentas ser gracioso? —Le pregunté, perturbada.

Tomé el sobre del escritorio y lo metí de nuevo en mi bolso.

—No intento ser gracioso. —Se encogió de hombros—. Es algo normal.

Tuve que evitar sonreír. Maldita sea, estar en la habitación con él era como estar borracha. El mundo se desdibujaba alrededor, mientras trataba de enfocar la vista.

Sentía la cabeza más ligera, mis pies apenas tocaban el suelo. Pero no, maldita sea, él no era quien yo pensaba que era. Él quería algo, obviamente, y yo estaría condenada si se lo diera.

—Voy a preguntártelo de nuevo —dije con calma—. ¿De qué se trata todo esto?

—Es tu dinero. —Se inclinó hacia atrás y extendió las manos—. Tony consiguió setenta y cinco mil para saldar la deuda de tu padre y el resto era tuyo. Te dije que encontraría la forma de invertirlo para ti y eso es lo que he hecho. Necesitaré tu firma en algunos formularios, pero es solo un tecnicismo. La cuenta es tuya, al igual que el dinero. Puedo emitir cheques y una tarjeta de

débito para que saques lo que necesites cuando lo necesites.

—Ese es mi dinero —repetí, sin estar muy convencida—. Creí que Tony y tú peleabais por el dinero cuando me fui.

—Eso no fue así. Peleaba por ti, por tu dinero. Nunca tuve la intención de recuperar mi dinero. Nunca tuve un plan para comprar tu virginidad y luego robarte el dinero.

—¿No lo había?

—No, claro que no. —Suspiró con fuerza—. Mira, mi primo, Tony, es un gilipollas de clase mundial que juega sucio para conseguir dinero. Cuando tu padre apareció con setenta y cinco mil dólares para cubrir su deuda, Tony preguntó de dónde sacó el dinero. Tu padre se negó a decirlo, así que Tony hizo que Jimmy le trabajara un poco más porque se imaginó que pasaba algo. Tu padre finalmente dijo que su hija lo ganó en Atlantic City. No te mencionó por tu nombre, pero Tony recordó tu apellido del folleto de la subasta y unió los puntos. Se dio cuenta de que eras la hija de Tommy Donovan y que el pago saldría de tu parte de la subasta. Tony sabía cuánto te pagaron, así que decidió quedarse con todo.

—Qué jodido gilipollas.

Él asintió con la cabeza.

—Sí, es un puto gilipollas, pero no es un hombre irrazonable. Después de limpiar el lugar con Jimmy, tuve una charla privada con Tony en el callejón de atrás del club. Me costó un poco convencer a mi tío Gino para que se involucrara; pero al final, Tony vio el error de sus métodos y entregó el dinero en mi oficina. Abrí la cuenta y esperé a saber de ti. Han pasado unas semanas. Imaginé que no querías hablar conmigo.

—¿Por qué no me llamaste? —Apenas me salía la voz.

—¿Habrías contestado mi llamada? ¿Habrías creído cualquier cosa que tuviera que decir?

—Supongo que no.

—Bueno, ahí tienes. —Juntó las manos—. ¿Tu padre está bien?

—Sí, ahora, está bien.

—Me alegro. —Se lamió los labios y me miró a los ojos—. ¿Y tú? ¿Cómo estás, de verdad? Pensé en ello por un momento y luego suspiré con una sonrisa.

—Estoy bien. Quiero decir, en cierto modo me alegro de que haya sucedido, aunque todo haya sido un desastre. Mi padre ha dejado de beber y de apostar. Su negocio ha mejorado. Está sano y feliz. Por primera vez, en mucho tiempo, creo que va a estar bien. Los dos lo estamos.

—¿Te has matriculado en la universidad?

Resoplé una risa.

—No, hasta hoy, creía que estaba arruinada.

—Ahora no estás arruinada. —Barrió el aire con la mano—. Empieza a solicitar el semestre de otoño.

—Puedo hacerlo. —Dejé que mis ojos se posaran en los suyos—. Siento haber dudado de ti, Nicky. Ahora sé que realmente eres un buen tipo.

—Tengo mis momentos —dijo, inclinándose sobre el escritorio y sonriendo—. Haces que quiera ser un buen tipo.

—¿Lo hago?

—Lo haces. —Miró su reloj—. Es la hora del almuerzo y estoy hambriento.

—¿Lo es? ¿Lo estás?

—Lo es y yo lo estoy. Hay un Nathan's justo al otro lado de la calle. ¿Puedo ofrecerte un perrito caliente, señorita Donovan?

—Puede, señor D'Angelo. Entre otras cosas.

Se acercó al escritorio y extendió un brazo. Dudé un momento, luego puse mi mano en la suya, dejé que me levantara de la silla y me abrazara. Me besó suavemente en los labios, mientras me derretía contra él.

Tal vez las cosas iban a funcionar después de todo.

Epílogo

Katrina

La universidad era mucho más difícil que el instituto. A pesar de que yo era solo una estudiante de primer año que tomaba cursos básicos, sabía que tenía que hacer una carrera hecha a mí medida. Para convertirme en investigadora del cáncer, tendría que obtener una licenciatura en biología o alguna otra ciencia de la vida, luego un título de posgrado y tal vez incluso un doctorado. Podría llevarme años y costar cada centavo que tuviera y algo más, pero algún día, si seguía adelante, sería la doctora Katrina Donovan, investigadora del cáncer.

Mi madre estaría muy orgullosa de mí, aunque no sé si podría estar más orgullosa que mi padre. Le decía a todos los que entraban al bar que su hija iba a ser científica. Incluso empezaron a llamarme doctora Donovan cuando les llevaba sus rondas de cerveza y chupitos.

Me aceptaron en la Universidad de Nueva York en otoño, lo que significaba que podía ir a clase y seguir trabajando en el bar para ayudar a mi padre. Tenía un largo camino por delante; menos mal que Nicky D'Angelo estaba a mi lado en el recorrido.



Nicky estaba sentado, junto a la cama y leyendo una revista financiera, cuando salí desnuda de la ducha. Me metí entre las sábanas y fingió estar absorto en algún artículo sobre el comercio internacional de divisas, pero cuando me acerqué y deslicé mi mano entre sus piernas, pareció perder la capacidad de leer.

—Uhm, ¿qué haces? —Tiró la revista al suelo y me abrazó.

Deslicé los dedos por su miembro duro y los moví arriba y abajo, mientras chupaba uno de sus pezones.

—Te estoy obligando a hacer un descanso. —Recorrí su cuello con la lengua y mordisqueé su mandíbula cuando iba a sus labios.

—¿Parece que necesite un descanso? —Abrió la boca para que mi lengua se deslizara dentro.

—Sí —dije, moviéndome a horcajadas sobre sus muslos.

—¿Puedo leer mi revista después de que me folles? —Puso las manos en mis caderas para acercarme a su polla.

—Puedes intentarlo —lo provoqué con una sonrisa—. Pero dudo que seas capaz de hacerlo.
Sostuve su miembro con una mano y lentamente me lo introduje hasta quedar empalada.

—Esto es increíble —gemí, poniendo mis manos en su pecho y deslizando las caderas a lo largo de él.

Me clavó los dedos en los costados para ayudarme.

—Sí, así... Increíble...

—Dios, me estás prendiendo fuego —susurré al tiempo que cerraba los ojos.

El ardor de mi sexo se irradiaba por todo mi cuerpo.

—Oh... joder —jadeó, arqueando las caderas para penetrarme más profundamente—. Estás tan jodidamente... apretada.

Lamí el sudor de mis labios y bajé mi boca a la suya. Él también sudaba y estaba salado en mi lengua. Su piel brillaba y estaba resbaladiza.

—Me estoy corriendo —gimoteé cuando el orgasmo comenzó a temblar a través de mí.

Gruñó y se tensó bajo mi cuerpo, cada músculo de su cuerpo se onduló mientras me llenaba con su semilla caliente.

La habitación se llenó con el aroma de nuestro sexo y sudor. Nos movimos juntos durante un momento más, luego me desplomé sobre él, jadeando en su oreja.

—Joder... lo necesitaba —dijo con los labios pegados a mi oído.

—Yo también. —Estaba ardiendo. Me llevé una mano a la frente y me di cuenta de que ambos estábamos sudando.

—Puede que haya subido demasiado la temperatura —observó con un suspiro feliz—. No quería que te congelaras cuando salieras de la ducha y ahora estoy sudando como un cerdo. Espera, doctora Donovan, ¿los cerdos sudan?

Sonreí y besé sus labios.

—No estoy segura. —Lo miré a los ojos—. Pero hay una cosa que sé.

—¿Qué es?

—Cuando te hago el amor, el sudor es jodidamente *sexy*.

Me pasó la lengua por el cuello, como si estuviera lamiendo un cucurucho de helado.

—Sí, señora, desde luego que sí.

Puse las manos en su cara y le miré profundamente a los ojos.

—Gracias por comprarme, señor D'Angelo. Me has salvado la vida.

Sonrió y acarició mi nariz con la suya.

—Querida, ha sido el dinero que mejor he invertido y con el que mejor beneficios he

obtenido.

Después, ambos sonreímos y volvimos a besarnos.

Si te ha gustado esta novela también te gustará



Un atrevido romance
de oficina

Mi
JEFFE

Autora de Best Seller en USA

MIA FORD

Mi JEFE

Un atrevido romance *de oficina*

Todo comenzó como un juego... hasta que se me fue de las manos.

Isobel es mi secretaria. Una muchacha dulce, joven e inocente que me tienta con su presencia.

Un día le propuse un juego atrevido. Creía que no lo haría, pero me sorprendió al obedecerme.

Desde entonces el juego se ha vuelto cada vez más picante y siento que mi autocontrol se está desvaneciendo.

Isobel es inocente. Y aún así, me encuentro cayendo más y más bajo su hechizo. A medida que se acerca el final, me consume una necesidad salvaje.

Una cosa es segura.

Quiero más que su dulce inocencia.